



PARTE 5

MARIA BEATOBE

POR AMOR

DERRAMÉ MIS LÁGRIMAS

Click
EDICIONES

Tras el shock sufrido por Naira ante una confesión que no esperaba, sus amigas intentan animarla llevándosela de fin de semana a un divertido y original cumpleaños celebrado entre tiendas de campaña, mucha diversión, algunas locuras y un encuentro inesperado. Nuestras unicornias harán de esa fiesta una fecha para recordar...

No te pierdas «Por amor derrame mis lágrimas» porque te vas a sorprender.

Índice

Portada
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88. Gael
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Biografía María Beatobe
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:





Durante el trayecto en taxi, ninguna de las tres cruzó una sola palabra. Lo único que oí, y con una sensación de lejanía, fue que Cloe le daba la dirección al taxista para decirle dónde nos tenía que dejar.

Cuando me subí al vehículo, mis amigas se miraban con incredulidad. Algo debieron de ver u oír, porque ninguna hizo ni una pregunta, lo cual agradecí. No estaba para muchas explicaciones sobre algo que me parecía una jodida pesadilla.

Apoyé la cabeza en el cristal y, con las manos tapándome el rostro, lloré en silencio, en un estado de nervios que no era capaz de controlar. Me faltaba el aire; tenía hasta ganas de vomitar. Pero ¿qué coño había pasado ahí fuera? La imagen y la voz de Gael diciéndome «lo siento» se repetían una y otra vez en mi cabeza, como si fuera un mantra.

¿De verdad había tenido novia durante todo ese tiempo que habíamos estado juntos? ¿Había sido capaz de ser tan cruel? No, seguro que había alguna otra explicación. Gael no era así. Conmigo se había portado tan bien... ¡Qué coño! ¡Le había entregado mi regalo más preciado! ¡Mi virginidad!

Me enjuagué las lágrimas al tiempo que notaba como Noe me ponía la mano en la rodilla.

—Tranquila, mi niña —susurró—. Estamos contigo.

No pude ni mirarla; me sentía una puta pringada, engañada vilmente por el chico del que estaba enamorada. Había vuelto a fracasar; primero fue Mora y ahora, Gael. ¡Pero es que ellos no tenían nada que ver el uno con el otro! Gael era cariñoso, romántico y, lo más importante de todo, me respetaba. Cosa que Mora no hizo en ningún momento. Eran la noche y el día; entonces, ¿por qué los dos me la habían jugado? ¿Tenía un cartel en la frente que decía «jodedme la vida; es gratis»?

De pronto me acordé de la pulsera que me regaló por mi cumpleaños. Aquella de la que colgaba mi inicial. Primero la miré recordando el día que me la dio y después, no sé de dónde saqué las fuerzas, me la arranqué de la muñeca para lanzarla a continuación al suelo del taxi. Noté que mis amigas se sobresaltaban. Me quedé

mirando la pulsera tal y como quedó, inerte bajo los pies. Y observarla me recordó que, tras regalármela el día de mi cumpleaños, nos dimos nuestro primer beso. Los ojos volvieron a inundárseme de lágrimas y mi visión se tornó algo borrosa. Volví a apoyar la cabeza en el cristal y miré como pasaban los coches. Parecía que me hubieran arrancado de cuajo el corazón; sentía hasta el escozor del hueco tan doloroso que me había dejado. Era una sensación entre incredulidad y rabia. No podía ser cierto... ¡no podía serlo!

Mi móvil empezó a vibrar dentro del bolso; alguien me llamaba. Lo saqué y lo poco que quedaba de mí observó que en la pantalla parpadeaba el nombre de Gael. Me estaba llamando. ¿Y todavía tenía el valor de hacerlo? ¿Qué quería? ¿Seguir partiéndome en pedacitos? Colgué; si contestaba, entonces sí que moriría en vida, y todavía, aunque pareciera increíble, me quedaba algo de dignidad.

Tenía muchos mensajes sin leer en el móvil, suponía que suyos, pero ni me molesté en abrirlos. Busqué la opción de borrarlos y todos desaparecieron de la memoria de mi teléfono, pero no de la mía. También había quince llamadas perdidas; esas sí que las miré: todas de él. ¿Borrar? Sí.

Ojalá los recuerdos se pudieran resetear en nuestra cabeza de la misma manera; todo sería más fácil. Yo ahora estaría yendo tan contenta a casa de Cloe, y sobre todo, de una sola pieza. Mi corazón se había quedado en la puerta de su casa. Me lo había arrancado y ese desgarró era tan doloroso que no sabía si algún día conseguiría sanarlo.

Decidí apagar el teléfono, dejar de saber que estaba presente en mi vida. De esa manera creía que una parte de él también desaparecería. ¡Ilusa de mí!

Todo había sido una cruel mentira; no me quería tanto como me decía, ¡no podía hacerlo! ¡Estaba con otra chica! Vale que, en teoría, no se habían visto durante el tiempo que estuvo conmigo, pero ¡hablaría con ella! ¡Le habría dicho te quiero igual que a mí! ¡Le habría mandado mensajes igual que a mí! ¡Habría pensado en ella igual que en mí!

El móvil de Noe comenzó a sonar. Me sobresalté al oírlo; la miré de soslayo y vi que mi amiga, nada más ver quién llamaba, colgaba inmediatamente.

—¿Era él? —susurré con un hilo de voz.

—Sí, cariño, pero tú tranquila —respondió cogiéndome de la mano.

No habían pasado ni dos minutos cuando la melodía del de Cloe empezó a sonar. No había que ser muy lista para saber que sería Gael de nuevo. Mi amiga repitió los mismos pasos que Noe. Colgó y se lo guardó.

¡Maldito cabrón! ¿Me quieres dejar en paz? Si ya me has jodido a mí, deja a mis amigas tranquilas. ¿No te queda claro que no quiero hablar contigo y tienes que intentarlo a través de mis amigas?

Tragué saliva y volví a mirar por la ventanilla del coche. En ese momento nos adelantó a toda velocidad uno igual que el de Gael, ¡hasta del mismo color! ¿Qué era eso?, ¿una puta broma? Por un instante creí que era él y hasta me incorporé para mirar al conductor, pero no, era una señora quien iba al volante. Y tras verla, exhalé todo el aire que había retenido en los pulmones al ver el coche.



El taxi aparcó frente al portal de Cloe. Mis amigas sacaron los monederos de sus bolsos y, cuando yo hice lo mismo, Noe puso su mano sobre la mía.

—Déjalo, nena. Ya haremos cuentas.

En el fondo se lo agradecí, porque en ese momento no era capaz ni de sumar dos más dos. Estaba aturdida, me escocían los ojos de tanto llorar y la cabeza estaba a punto de estallarme. Había sido el trayecto más largo de mi vida.

Después de que pagaran y saliéramos del taxi, mis amigas se acercaron a mí con decisión y me abrazaron con fuerza. Ese gesto me hizo llorar aún más. No entendía nada. Estábamos tan bien que ver que de repente todo se había esfumado me parecía increíble. No era justo, joder, no lo era.

Cuando entramos en casa de Cloe me fui directa al cuarto de baño. Abrí el grifo del agua fría y me la eché sobre la cara varias veces, deteniendo las manos en el rostro. Me miré en el espejo que había sobre el lavabo y me sorprendió mi propia imagen. Tenía los ojos rojos e hinchadísimos. La inflamación me bajaba hasta las ojeras. El resto de mi rostro estaba pálido. Tragué saliva y empecé a notar que el estómago se me revolvía y la respiración se me aceleraba. Tuve que correr hasta el váter, me arrodillé y empecé a vomitar sin control. Oí que la puerta se abría y que, de pronto, alguien me sujetaba de la frente y me acariciaba la espalda.

—Tranquila, cariño. Estamos aquí contigo.

Por la voz supe que era Cloe. Se arrodilló a mi lado y esperó pacientemente a que terminara. Después de echar todo lo que llevaba dentro, me volví a lavar la cara y mis amigas me llevaron hasta la cama de Cloe. Estaba desfallecida.

—Túmbate, Nai. Descansa —dijo Noe.

Me recosté, y entre las dos me quitaron los zapatos y me metieron en la cama mientras me tapaban con una liviana colcha.

—Estaremos en el salón. Si necesitas algo, llámanos —susurró Cloe.

Las dos salieron de la habitación y dejaron la puerta entornada. Habían bajado la persiana del todo, por lo que la única luz que entraba en el cuarto era la que procedía

del salón. Cerré los ojos, pero era imposible dormir; no podía parar de llorar. La cabeza me daba vueltas al recordar la imagen de Gael y Úrsula bailando juntos tan joviales. ¿Se habrían besado hoy? ¿Gael la habría recibido con un beso como los que me daba a mí? ¿Se habría acostado con ella antes de ir a la fiesta? ¡Basta ya, Naira! ¡Deja de autofustigarte! Lo que haya pasado no lo vas a saber, al menos de momento, así que intenta descansar.

Me di la vuelta hacia la ventana y me acurruqué, hecha un ovillo, con la intención de dormirme. Y, tras un rato con la mirada fija en la nada y las lágrimas campando a sus anchas por mis mejillas, lo conseguí. Creo que fue a causa del agotamiento mental por lo que terminé cayendo rendida.

Me desperté con sobresalto y me incorporé sudorosa y algo desorientada. Todo estaba oscuro. Me costaba respirar; había tenido una pesadilla horrible, pero por un momento habría jurado que era real. Gael aparecía en casa de Cloe y me pedía perdón entre lágrimas, arrepentido y nervioso. Y cuando me acercaba a él para perdonarle, empezaba a carcajearse al tiempo que la figura de Úrsula aparecía a su espalda. Los dos me señalaban riéndose como locos. «Te lo has creído —decían—. ¿Realmente pensabas que volverías conmigo? ¡La quiero a ella!», gritaba Gael. Yo intentaba salir de allí, pero las paredes cada vez se acercaban más a mí y el espacio se hacía cada vez más pequeño y asfixiante. Gritaba llamando a mis amigas, pero la voz no me salía.

¿Qué coño había sido eso? ¿No tenía bastante con lo que había pasado que hasta los sueños tenían que recordármelo? Encendí la luz de la mesilla y puse los pies en el suelo. Estaba frío, pero al estar en pleno mes de agosto se agradecía. Respiré hondo y me levanté. Me acerqué hasta la cocina y me bebí un vaso de agua fría de la nevera. Mis amigas ya estaban durmiendo. Miré el reloj de la cocina que colgaba sobre la mesa y vi que eran las cuatro y cuarto de la madrugada. No quería volverme a acostar y soñar de nuevo con cosas por el estilo.

Cuando me dirigía hacia la terraza para tomar un poco el aire, vi mi bolso colgado en una de las sillas del comedor. Me lo quedé mirando. ¿Y si cogía el móvil y lo encendía? Lo mismo mis padres me llamaban y, si lo tenía apagado, igual se asustaban.

Sí, claro, Naira. Lo más probable es que tus padres te llamen a las cuatro de la mañana; es lo más *lógico*.

Vale, lo reconozco; quería encenderlo para ver si Gael había vuelto a intentar contactar conmigo. ¿Pero es que era masoca o qué? ¡Lo que tenía que hacer era olvidarme de él e intentar pasar página! Pero, claro, no creo que fuera la única persona en el mundo que, en una situación como la mía o similar, quisiera ver si la otra parte intentaba por todos los medios saber cómo estabas. Necesitaba encender el teléfono y comprobarlo. ¿Locura? Sí, pero es que le quería. Y no podía olvidarle de

un plumazo. Al fin y al cabo, no habían pasado ni seis horas desde el *descubrimiento*. Era humana... y estaba enamorada.

Saqué el móvil del bolso y fui a la terraza. ¡Qué calma más agradable se respiraba a esas horas! Miré nerviosa la pantalla apagada del teléfono antes de encenderlo. Pero al final lo hice; lo puse en marcha con el corazón a mil por hora.

Mientras se reiniciaba, vi que casi todas las ventanas de los pisos de enfrente tenían las luces apagadas; solo en un par de ellas permanecían encendidas. Me pregunté quién estaría tras esos cristales y qué estaría haciendo despierto a esas horas.

El móvil emitió la musiquita de inicio y tecleé la clave de acceso. Volví a dejar de mirar. Prefería hacerlo cuando estuviera cargado del todo, y no esperar nerviosa observando la pantalla para ver si aparecía alguna llamada o no.

De momento, seguía en silencio; ni rastro de mensajes ni llamadas perdidas. No me lo podía creer. Ahora sí que se confirmaba que entre Gael y yo todo había terminado. Pero, de repente, los pitidos comenzaron a sonar. Ante mí saltaron veintitrés llamadas perdidas, veinte mensajes en el buzón de voz y más de cincuenta whatsapps. Todas las llamadas perdidas y los mensajes eran suyos, aunque no los leí. No estaba preparada y, sinceramente, no quería derrumbarme más con sus palabras, fueran las que fueran. Ahora que estaba un poquito más entera, aunque no mucho, la verdad, no podía flaquear. Necesitaba tiempo para pensar. No quería verle ni oírle. No quería saber nada de él, al menos hasta que fuera capaz de decir dos palabras sin ahogarme entre mis propias lágrimas.



Eran las ocho de la mañana cuando me desperté. No precisamente por el sol que entraba por la ventana, ya que la persiana seguía bajada del todo, sino por la angustia que sentía en el pecho, que apenas me dejaba respirar.

Al final, cuando volví a la cama tras mi despertar nocturno, apagué de nuevo el teléfono. No podía soportar la incertidumbre de si recibiría un mensaje o no. Por un lado, no quería que me llegara ninguno, pero, por otro, deseaba que Gael quisiera ponerse en contacto conmigo. Qué sensación más contradictoria, más absurda. Pero ¿es que algo de lo que estaba ocurriendo ahora era normal? No lo creía. Había pasado del amor más profundo a la incredulidad y decepción más absolutas, por no decir el odio y el rencor que sentía ahora mismo por él. Se me revolvía el estómago solo de recordar la situación que habíamos vivido el día anterior por la noche.

Me levanté arrastrando literalmente los pies por el pasillo. Llegué como pude al salón y me tiré en el sofá, únicamente con el deseo de que me engullera y no me escupiera hasta que esto dejara de doler. No quería hacer nada más. Solo refugiarme en mí misma y cerrar de nuevo mi corazón con otra puta llave que no fuera la que el señorito colgó del árbol como símbolo de nuestro amor. ¡Y una mierda! ¡Eso no era amor! Eso tiene otro nombre, y es traición.

Miré de soslayo hacia la mesa y vi el paquete de tabaco de Noe, acompañado de un mechero de unicornios. No me lo pensé dos veces; cogí un cigarrillo y, como si llevara fumando toda la vida, me lo encendí. Según aspiré, casi me asfixio. Empecé a toser como una loca, hasta el punto de tener que incorporarme. ¿Por qué la gente hacía esto por gusto?

—Pero ¿qué coño...? ¡Anda, apaga eso!

Noe había salido de la nada para quitarme el cigarro y apagarlo rápidamente en el cenicero.

—¿Se puede saber qué haces? —inquirió.

—Suicidarme en vida. ¿No lo ves? —ironicé, tumbándome de nuevo y tapándome los ojos con el brazo.

—Venga, vale. Entiendo. Espera un momento. No te muevas.

Y se levantó para dirigirse hacia el pasillo. Pero antes de desaparecer del salón, se dio la vuelta y volvió a advertirme:

—¡Ni tocar el tabaco, y mucho menos el mechero! ¡Que eres capaz de prenderte fuego!

Ni respondí ni me moví. No tenía fuerzas. Como a los dos minutos, apareció de nuevo con Cloe tras ella. Al escuchar pasos, retiré el brazo y las miré con el rabillo del ojo. Se notaba que la había tenido que despertar porque, por la cara de sueño que traía, dudaba de que viera dos dedos más allá de los suyos. Volví a cerrar de nuevo los ojos con desgana.

Las dos se sentaron en el otro sillón, Noe con las piernas cruzadas a lo indio y Cloe apoyada en el reposabrazos. Se hizo un silencio durante unos minutos hasta que mis amigas comenzaron a hablar.

—Bueno, ¿quieres contarnos algo? —preguntó Noe.

—¡Qué queréis que os cuente!, ¿que soy una jodida ilusa al pensar que había encontrado al amor de mi vida y al final ha resultado ser un puto cabrón mentiroso que me la ha metido doblada? —respondí sin moverme un ápice.

—Para empezar, no está mal —apuntó Cloe.

—¿Qué visteis? —pregunté incorporándome un poco para verlas.

—Lo primero que vimos fue cuando te caíste. Noe me dijo que ya salías y, cuando me volví, ya estabas en el suelo.

—Salimos del taxi para ayudarte y, de repente, vimos que Gael salía en tu auxilio —continuó Noe.

—Gilipollas —musité.

—Obviamente, algo no iba bien. Nos metimos de nuevo en el taxi y esperamos a que volvieras. No oímos lo que decíais, pero, por los gestos, la cosa no pintaba nada bien. Por eso tampoco quisimos agobiarte con preguntas.

—Os lo agradezco. De verdad.

—¿Quieres contarnos qué ocurrió? —preguntó Cloe.

—Tiene novia —sentencí.

—¿Cómo?

—Que Gael tiene novia.

—Claro, tú —dijo Noe.

—No, no me estáis entendiendo —dije con una risa nerviosa—; otra novia. El muy mentiroso me ha estado engañando todo este tiempo.

Por un momento se hizo el silencio. Un mutismo sepulcral que crecía proporcionalmente a la cara de asombro de mis amigas. No las culpaba. Tendrían que haberme visto la mía; no habría mucha diferencia con su expresión.

—Pero... ¿cómo se puede ser tan... tan...? —gritó Cloe.

—Dilo, dilo —la animó Noe—, ¡tan cabrón!

—¡Eso! ¿Y quién es ella?

—Una rubia estirada que vi en la fiesta.

—No me lo puedo creer —susurró Noe con incredulidad—. ¡El mosquito muerta ha resultado ser una puto moscardón! Vamos, te juro que si esto lo hubiera sabido ayer, ¡le cojo y le corto las pelotas!

—¿Y te lo dijo así? ¿Como si nada?

Les conté con todo lujo de detalles lo que ocurrió. Y, según lo relataba, mis amigas estuvieron a punto de tocar el suelo con la barbilla de lo alucinadas que estaban.

Fue en el momento en que les estaba explicando que Gael me reconoció lo evidente cuando no pude soportarlo más y volví a ponerme a llorar con rabia. Era humana. Aunque pensé que terminaría de contárselo más calmada. Pero no; era difícil conseguirlo.

También les dije que tenía mogollón de llamadas perdidas y mensajes que no había querido leer.

—Que le den —repetía Cloe—. No te merece, mi niña.

—Es que es acojonante. Y todavía querrá que le cojas el móvil y le pidas perdón por no ser tan tolerante con las relaciones abiertas. ¡No te jode! —dijo Noe mientras paseaba nerviosa por el salón.

Pasamos la mayor parte de la mañana despotricando sobre el amor y lo puñetero que era muchas veces. ¡No era justo que tuviéramos que pasar por determinados estados de ánimo cuando no era nuestra culpa! Lo mismo eran señales para que acabara ingresada en un convento. Aunque, con mi suerte en el amor, seguramente hasta Dios me la jugaría.

Cloe se fue a la cocina a poner una cafetera, y no sé por qué me daba que no sería la única. Prepararon también unas tostadas y sacaron una bolsa de magdalenas, que tenían una pinta buenísima, con una fina capa de chocolate por encima. Pero es que no me entraba nada; tenía el estómago totalmente cerrado. De hecho, fue oler el café y salir disparada al baño a vomitar. Así que desechamos la idea de comer algo, por el momento.

Continuamos en la misma postura que teníamos cuando nos levantamos, sentadas en el sillón, y seguimos hablando. Lo cierto era que quien dijera que una reunión de amigas tras un batacazo amoroso no era terapéutico mentía. Hablar con ellas y sentir las tan cerca de mí, por lo menos ya hacía bajar mi ansiedad.

—¿Trabajas hoy? —preguntó Cloe.

—Sí —respondí—, pero no pienso ir.

—Bueno, me parece genial, pero vamos a hacer las cosas bien —apuntó Noe—. Como hoy es sábado y no está abierto el centro de salud, vamos a acercarnos a

urgencias, que está aquí al lado, les cuentas que estás vomitando y hecha polvo, omitiendo lo que el capullo ese te ha hecho, y que te den un informe. Yo misma se lo llevaré para que luego no te la juegue con el contrato.

No me lo podía creer. Por un momento era Noe la persona lúcida y responsable que no quería dejar ningún cabo suelto, cosa que agradecí.

—De acuerdo —asentí.

Nos vestimos y nos dirigimos a urgencias. El doctor, solo con verme la cara, ya estaba haciéndome un informe de gastroenteritis, y me dijo que el lunes volviera a mi médico de cabecera para que me reconociera de nuevo. En menos de media hora estábamos ya en casa de Cloe. Su madre y su hermano volverían el domingo, así que era muy buena opción quedarme allí también a dormir para que mis padres no me vieran así.

Encendí de nuevo el teléfono y otra vez montones de llamadas y mensajes, que borré sin leer. Llamé a mis padres para decirles que iría a trabajar directamente desde allí y luego volvería a dormir con ellas. Una verdad a medias. Las necesitaba como el comer.

Me tiré en plancha en el sofá —ya casi me había mimetizado con él— y puse la tele. Cambié de canal como veinte veces, pero no había nada que me llamara la atención, por lo que decidí apagarla y cerrar los ojos para dejarme llevar por los pensamientos que mi cabeza quisiera recrear.

—Nena, vamos a bajar a comprar al súper de aquí al lado. Así también te quedas un poquito sola, que sabemos que en estos casos viene bien para despejar la mente. Llevamos llaves. Cualquier cosa nos llamas al móvil.

—Vale, chicas, muchas gracias. —Y las abracé con fuerza.

Según cerraron la puerta, suspiré mirando al techo. Sentía como si me hubiera arrollado un tren de mercancías. Me dolía todo el cuerpo, notaba el estómago cerrado y como si el corazón estuviera encogido de dolor. Me puse la mano sobre él; solo quería sentir que seguía latiendo, porque si no fuera por eso, habría apostado que murió conmigo tras escuchar «lo siento» en boca de Gael.

Decidí ir al baño a lavarme la cara y volví a ver el mal aspecto que tenía, con unas ojeras que casi me llegaban hasta la barbilla. Por lo visto, no era solo el corazón el que había sufrido; mi apariencia también. Me pasé el dedo índice por los ojos, dibujando su contorno, para después hacer lo mismo por las mejillas y los labios. Qué pena. Qué lástima acabar así algo tan bonito.

En ese momento, sonó el timbre y salí de mi ensimismamiento.

«Pero ¿no me habían dicho que llevaban llaves?», me dije a mí misma.

Caminé como por inercia hasta la puerta mientras me hacía un moño despeinado y abrí sin preguntar. La sangre se me congeló. Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal y el pulso se me aceleró. Era Gael.



Gael tenía muy mal aspecto, aunque no mucho peor que el mío. Ojeroso, despeinado, los ojos hinchados y la camisa muy arrugada. Me miraba serio desde el umbral, con las manos en los bolsillos, sin poder sostenerme la mirada durante mucho tiempo.

Mi primera reacción fue intentar cerrarle la puerta en las narices, pero fue más rápido que yo y puso el pie para impedírmelo.

—Espera, Naira, por favor —suplicó—. Necesito que me escuches.

Yo continué haciendo fuerza para cerrarla. No podía dejar que pasara y que con un par de frases y una caída de pestañas me convenciera de algo que vi con mis propios ojos.

—Naira —hizo una pausa y le oí resoplar—, no quiero empujar con fuerza porque sé que la abriría. Por favor, déjame pasar. No quiero hacerte daño.

Un clic hizo que reaccionara con más furia y dejara de empujar la puerta.

—¿Qué? ¿Que no quieres hacerme más daño? ¡Pero ¿tú de qué cojones vas?! ¡No creo que pudieras hacerme más del que me hiciste ayer!

Se sorprendió ante mi reacción y frunció el ceño, al tiempo que tragaba saliva.

—Déjame pasar, por favor —susurró.

—¿Cómo?, ¿que te deje pasar? —Negué con la cabeza con incredulidad—. Esto es la hostia, en serio. ¡Claro que no puedes pasar! Pero ¿quién te crees que eres para presentarte aquí? ¡Quiero que te vayas inmediatamente de esta casa antes de que me ponga a gritar! ¿De verdad pensabas que, según aparecieras, iba a recibirte con una sonrisa de oreja a oreja, un beso y un abrazo?

—Naira, déjame que te explique.

—¡No quiero que me expliques nada! ¿Me oyes? Nada de lo que digas va a solucionarlo. No te creo, Gael. ¿No tenías suficiente con lo de ayer? ¡Todavía tienes la poca vergüenza de venir a hundirme más! ¡Ya solo te falta escupirme!

—Yo... no...

—¡Cállate! ¡Vete! Fuera de aquí y ¡lárgate de mi vida!

—Nai, por favor... Solo será un momento.

—Mira —dije entrecerrando los ojos con rencor—, eres la persona que más daño me ha hecho en mi puñetera vida, con muchísima diferencia. Te odio, Gael. No quiero saber nada de ti, ni ahora ni nunca. Me has demostrado ser un jodido embustero que ha tenido la suficiente sangre fría como para mantener una mentira de este calibre tanto tiempo. Así que olvídate de mí. Despídeme si quieres; no pienso volver a ir a trabajar, así que estarás en tu derecho de hacerlo. Pero ¿sabes qué? Que me importa una puta mierda. Prefiero estar en la miseria que recibir dinero de alguien que es capaz de ser tan rastrero. Así que lárgate de aquí. Ahora.

Mi tono era frío; la sangre se me había convertido en hielo. Parecía que todo lo que salía de mi boca me resbalaba sin yo poder hacer nada. Entré en una enajenación mental que hizo que fuera mi corazón el que hablara por mí. Él también tenía derecho a decirle a Gael cómo se sentía.

Volví a tener otra arcada que hizo que me encogiera y me tuve que poner la mano en la boca para ahogarla. Gael se asustó y se acercó a mí mientras me ponía la mano en el hombro y buscaba mi mirada. No, joder, no hagas eso. Soy débil, coño.

—Naira, ¿qué te ocurre?

—¡No me toques! —Me aparté—. ¡No voy a repetírtelo más! ¡Fuera!

—Déjame que te ayude. Siéntate.

—¡Que no! ¡Que me dejes! ¿No te ha quedado claro que te odio? Lárgate o te juro que empezaré a gritar. No quiero saber nada más de ti. Nunca.

Y aprovechando que se echó un poco hacia atrás, como si mis palabras le hubieran pateado el estómago, cerré la puerta con fuerza y le dejé al otro lado, al tiempo que yo salía corriendo al baño a volver a vomitar.

Pero ¿cómo podía presentarse aquí como si nada? Me puse a llorar como nunca. Un llanto con hipo que hacía que me ahogara. Las lágrimas no podían derramarse con mayor velocidad por mi rostro. Estaba claro que verle me había hecho más daño del que creía. Pero también era cierto que tenerle delante me confirmó que le quería, que estaba enamorada de él, y que eso no desaparecía en una noche, por mucho dolor que sintiera.

Aunque estaba demacrado, hubo algún momento en el que le habría abrazado, pero ahí era cuando se paseaban por mi cabeza todas las imágenes de la noche anterior y esas ganas se desvanecían para dar paso a un odio desmesurado.

Me tumbé de costado en la cama y seguí llorando y maldiciendo el día que le conocí en aquella discoteca. ¿Por qué coño no fui a los baños públicos y me tuve que meter en su puto despacho? Me habría ahorrado muchos disgustos.

Mis amigas no tardaron en llegar y, al no verme en el salón y oírme llorar en el cuarto, corrieron a comprobar si estaba bien.

—¡Naira! Nena... ¿qué pasa? —me abrazó Noe.

—Ha estado aquí —sollocé.

—¿Gael? —preguntó Cloe asombrada.

—Sí.

—Pero ¡cómo se le ocurre! —gritó Cloe.

—Este tío es gilipollas... —susurró Noe—. Pero ¿de qué va? A lo mejor, si bajo, aún le pillo para decirle un par de cosas.

—Noe, déjalo, por favor —dije con un hilo de voz.

—Bueno, mira —exclamó—, vamos a la cocina a colocar la compra antes de que le llame por teléfono y le parta la cara, solo con las lindezas que le voy a decir.

—Ven con nosotras; no te quedes ahí tirada —me animó Cloe.

Me levanté —bueno, mejor dicho, me levantaron— y, tras un gran abrazo a tres, que siempre es muy reconfortante, nos dirigimos a la cocina. Empezaron a colocar la compra mientras yo las observaba sentada en un taburete y bebiendo el vaso de agua que me acababan de servir.

—Aquí el kit del desamor —bromeó Cloe.

—Sí, mira, tenemos dos tarrinas grandes de helado de chocolate. También chuches a mansalva, de las del arcoíris alargadas. ¡Nuestras preferidas! —Sonrió mostrando la bolsa como si fuera un trofeo—. Cervezas, refrescos ¡y hasta tequila! Dudábamos de qué era lo que te apetecería más.

—¿Cianuro no vendían? —ironicé.

—Venga, vamos a animarnos, ¿vale? Cloe tiene un planazo que contarte.

—No estoy para planes, chicas...

—Tranquila —aclaró Cloe—, que no es para ahora mismo. El próximo fin de semana Raúl celebra su cumpleaños en el pueblo, con sus amigos. Yo iré, y ¿sabes qué? ¡Que vosotras también! Pasaremos allí el fin de semana. ¡Nos olvidaremos de todo y de todos!

—¿Y sabes lo mejor? —dijo Noe mientras se encendía un cigarro—. ¡Que podremos hacer lo que nos dé la gana porque nadie nos conoce allí! —aplaudí.

—No creo que... —dije.

—¡Eh! Antes de hablar, piénsalo. Aún queda una semana, así que tienes tiempo suficiente para pensarlo.

No era un mal plan para emborracharme hasta perder el conocimiento y de este modo olvidarme de Gael, la verdad. Salir de este barrio y conocer un lugar en el que nunca había estado. A lo mejor sí que me vendrían bien aires nuevos.



Esa semana no fui a trabajar. Mis amigas se acercaron a la tienda a llevarle el informe de urgencias y el parte de baja que el médico me dio el lunes y Gael les dijo que si quería me arreglaría los papeles. No quise preguntarles cómo le habían visto. Tenía tan mal aspecto cuando vino a casa de Cloe... Pero fui fuerte y sé que ellas también lo fueron al no decirme nada de él más que lo estrictamente laboral.

Bueno, sí, Noe me dijo que estuvo a punto de darle una patada en los huevos nada más entrar, sin mediar palabra, pero que Cloe la cogió del brazo antes al intuir sus intenciones. De hecho, la que habló fue ella. Todos conocíamos a Noe, que se dejaba llevar mucho por las emociones. Cloe era menos visceral y fue la que tomó el mando de la situación.

A mis padres tampoco les había contado nada, aunque estaba segura de que mi madre algo se olía, porque tener los ojos como pelotas de *ping-pong* de lo inflamados que estaban no tenía mucho que ver con una gastroenteritis. Pero bueno, ella fue prudente y yo se lo agradecí.

Gael me seguía llamando y yo me mantenía en mis trece de no cogerle el teléfono y de no responder a sus mensajes. No me sentía preparada aún. Cierto era que ya no iba vomitando cada vez que salía su nombre a relucir, pero seguía llorando en cuanto me quedaba sola más de cinco segundos. Todavía rebotaba en mi cabeza su imagen bailando con aquella chica, y eso me provocaba un dolor agudo en el corazón que me impedía en muchas ocasiones respirar con normalidad.

Al final, mis amigas me convencieron para ir al pueblo a celebrar el cumpleaños de Raúl, el novio de Cloe. No era lo que más me apetecía en el mundo, pero sí lo que necesitaba. La historia con Gael había sido muy intensa en muy poco tiempo y me vendría bien conocer gente nueva. O, por lo menos, salir de un entorno donde todo lo que veía me recordaba a él.

El jueves por la tarde salimos a tomar algo a una terraza cerca de casa para ultimar los detalles del viaje y que no se nos olvidara nada. Me puse un vestido liviano largo negro, de tirante fino, con unas sandalias planas del mismo color. Me

recogí el pelo con un medio moño mal hecho y solo me puse algo de base de maquillaje para disimular mi mal aspecto.

Cuando llegué, Noe ya estaba sentada, mirando el teléfono mientras se fumaba un cigarro, totalmente ajena a lo que pasaba a su alrededor. Al llegar a la mesa vi que Cloe estaba cruzando la calle para encontrarse con nosotras.

—¿Quién soy? —pregunté a Noe tapándole los ojos.

—Mmm..., ¡qué morbo!

Sonreí levemente.

—Si estás bueno, hazme lo que quieras sin destaparme los ojos.

—Mira que eres guarra —le dije mientras me descubría.

—Yo también te quiero, nena. —Y se levantó a darme un abrazo—. Te estás quedando en los huesos, pequeña. Te voy a tener que dar un par de buenos cocidos, y no me refiero a cocidos de borrachera, sino a cocidos madrileños. —Guiñó un ojo.

Entre los vómitos y que no era capaz casi ni de comer, había perdido algunos kilos durante esa semana. No estaba orgullosa de ello, pero en realidad me preocupaba más bien poco, después de lo mal que me encontraba. Con que consiguiera mantenerme en pie me valía.

—¡Unicornias! —dijo Cloe ya casi a nuestro lado.

—Hola, preciosa —dije achuchándolas con fuerza a las dos.

Qué hubiera hecho yo sin ellas esos días...

Nos sentamos y le pedimos al camarero tres tercios. No sabía muy bien cómo me iba a sentar después de tener el estómago vacío durante tantos días, pero me apetecía y no lo dudé.

—¿Cómo estás, nena? —preguntó Noe.

—Pues como si estuviera aterrizando ahora. He pasado de estar cabreada como una mona a estar triste y decepcionada. Supongo que será normal pasar por tantos estados de ánimo. No lo sé. —Bajé la cabeza.

—¿Has sabido hoy algo de él? —dijo Cloe.

—Sí, bueno, mensajes que no he leído y llamadas que no he cogido. Lo de siempre. ¿Y vosotras? ¿Alguna noticia suya?

Mierda. Ya me había vuelto a traicionar el subconsciente. Las dos se miraron hablando sin hablar. Vale, algo sabían que no querían decirme. Cojonudo.

—No —respondieron al unísono.

Preferí dejar el tema, porque sinceramente tampoco me apetecía que me dijeran lo que sabían. Si había decidido poner tierra de por medio, lo haría también con su información.

—¡Chicas, con todo esto se me olvidó contaros una cosa! —anunció Cloe.

—¿El qué? —preguntó Noe muy interesada.

—¡Mi padre quiere volver con mi madre! ¡Flipad!

Las dos abrimos los ojos como platos.

—Os habéis quedado igual de alucinadas que yo, ¿a que sí?

—Pero ¿y eso? —dije.

—Resulta que la semana pasada, mientras mi madre y mi hermano estaban en el pueblo para dejarnos solas en casa, mi padre se pasó también por allí. Yo sabía que coincidirían porque mi madre me había contado antes de irse que había hablado con mi padre y que él quería decirle algo. Pero claro, conociéndole, podríamos esperarnos cualquier cosa. ¡Y mira lo que quería decirle! ¡Quería pedirle otra oportunidad!

—¡Madre mía! —continuó Noe—. Y tu madre ¿qué le ha dicho?

—Pues no le ha dicho que no, pero tampoco que sí. Que le dé tiempo para pensarlo.

—Entonces, eso es bueno, ¿no? —pregunté, reconozco que sin mucho entusiasmo.

—¡Sí! Lo que pasa es que me da un poco de miedo que la historia se repita y a mi padre se le vaya la olla otra vez y se vuelva a ir con otra.

—Tú no pienses ahora en eso, Cloe —dijo Noe—. Ahora es tu madre quien tiene que tomar la decisión, y lo que venga, vendrá.

—Ya, eso intento pensar. ¿Y tú, Noe? ¿Cómo vas?

—Pues la cosa está tranquila de momento. Nos respetamos nuestros espacios sin forzar las cosas. El atropello nos hizo reaccionar a las dos. A ella en el sentido de que no era necesario adelantar acontecimientos y a mí en el plan de que no tengo que darles tanta importancia a determinadas cosas.

—¿Ya no ha vuelto Ana por tu casa? —preguntó Cloe.

—¡Qué va! —respondió mientras exhalaba el humo—. A eso me refiero con lo de respetarnos los espacios.

En ese momento, Cloe se levantó mientras consultaba el reloj.

—¿Te vas? —pregunté.

—No, voy un segundo a la esquina. Vengo ahora.

—Pero ¿por qué? —me extrañé.

—No te preocupes, ya vengo.

Me quedé mirando a Noe.

—¿Tú sabes algo?

—No —respondió alzando los hombros.

—Con tanto jaleo, por decirlo de alguna manera, se me ha pasado preguntarte si el chico ese..., Marco, ¿no? —asintió con la cabeza—, volvió a ponerse en contacto contigo.

—Pues no, no sé nada de él. De momento, no sé si está cumpliendo su promesa o es que ya pasa de mí olímpicamente y no volveré a saber nada de él en la vida. —Serio.

—Apenas quedan diez días para tu cumpleaños, así que pronto lo sabremos. —
Alcé las cejas.

Noe echó un vistazo hacia la esquina adonde Cloe se había dirigido, hasta que vio que no volvía sola.

—Tócate los cojones —susurró Noe—. Esto sí que no me lo esperaba.

Miré hacia donde lo hacía ella y vi a Cloe acompañada de Hugo, que se dirigía hacia nosotras.

—Pero ¿qué coño...? —dije.

Los dos llegaron hasta donde estábamos y Noe enseguida se levantó a saludarle. Cloe se sentó y la siguiente en darle un abrazo fui yo.

—Hugo..., ¡qué alegría verte! —le musité al oído.

—¿Cómo estás, Naira?

—Lo sabes, ¿verdad? Todo lo que ha ocurrido.

—Sí.

—¿Te lo ha contado él?

—Sí.

Estuve a nada de preguntarle cómo estaba Gael, pero los labios frenaron la pregunta y lo agradecí. No habría podido soportar oírle decir que estaba mal.

Nos mantuvimos en un abrazo, que me reconfortó de una manera tal que no podría haber imaginado. Era un chico que me transmitía tanto... Era una persona que sabía de sobra que podía contar con él siempre que quisiera. Pero cuando ocurrió la movida, no quise llamarle; era el mejor amigo de Gael y debía apoyarle a él, por mucho que me apeteciera contárselo.

Nos separamos del abrazo y nos sentamos.



Nos pedimos otra ronda y, en ese caso, preferí que fuera un refresco; tampoco pretendía llegar borracha a casa. Hugo venía con un sobre en la mano, acerca del cual no me atreví a preguntar hasta que él mismo sacó el tema.

—Toma, Naira; esto me lo ha dado Gael para ti. Son todos los papeles de la finalización de tu contrato.

Me dio un vuelco el corazón.

—Como no conseguía ponerse en contacto contigo, pensó que yo podría dártelos. Me llamó, yo llamé a Cloe y no le pareció mal que te los trajera yo.

—No..., no me parece mal —respondí algo aturdida.

Me temblaba todo. Solo el hecho de que él fuera parte de cualquier conversación me ponía muy alterada.

—Me ha dicho que lo ha hecho todo para que no te quiten nada de la baja. Lo ha arreglado como si hubiera finalizado el contrato en la fecha que estaba previsto, y aquí también está el papel del finiquito. El dinero me ha dicho que ya te lo ha ingresado en la cuenta.

Así que lo había organizado todo para que yo no saliera perdiendo en nada... No sabía cómo tomármelo; estaba agradecida, pero tampoco quería deberle ningún favor.

Cogí el sobre con el pulso quebrado y lo metí directamente en el bolso, sin querer mirar lo que había dentro. Estaba cerrado a cal y canto.

—Hugo, supongo que debería preguntarte cómo está, pero de verdad que no quiero saberlo. Me haría daño tener información sobre él. Al menos por ahora. Así que...

—Ha cerrado la tienda —me interrumpió.

—¿Cómo?

—No ha vuelto a abrir desde que fuisteis a darle la baja —respondió dirigiéndose a mis amigas.

—Pero... su padre... —dije con la sangre helada.

—Se ha ganado una buena bronca suya, pero no estaba en condiciones de trabajar.

—Hugo, yo...

—No, Naira, no quiero que digas nada, pero pensé que deberías saberlo.

—¿Tú sabías que tenía novia? Y sé sincero conmigo, por favor, porque te aseguro que el cupo de las mentiras lo tengo ya a rebosar.

—Yo...

—Da igual, perdona; no me respondas. No sé en qué estaría pensando preguntándote esto. —Negué con la cabeza mirando al suelo.

Me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Naira, yo no soy quién para dar consejos, y menos después de lo que ha pasado, pero Gael es mi mejor amigo y... —cogió aire— creo que deberías hablar con él. Solo una conversación. Nada más.

—¿Qué? De eso nada, Hugo; no quiero saber nada de él, al menos por ahora. Estoy muy muy dolida y creo que tengo todo el derecho del mundo a estarlo. —Mi tono iba subiendo.

—Vale, vale, tranquila. Tienes razón. —Alzó las manos en señal de rendición—. No he debido meterme donde no me llaman.

—Hugo, es normal que quieras ayudar a tu amigo —intervino Cloe—. Nosotras habríamos hecho lo mismo por cualquiera de nosotras. ¿O no? —Nos miró.

Las dos asentimos de forma automática.

—Así que, Hugo, no te sientas mal por hacer algo que es totalmente normal —continuó de manera tajante.

—Gracias, Cloe —respondió él.

¡Uy! ¿Era la única que se había dado cuenta de que Cloe había saltado como una leona a defender a Hugo? Mmm..., no sé... Lo mismo es que ya había empezado a desvariar. Pero juraría que había visto alguna miradita *diferente* entre ellos, además de la defensa de la hembra al macho.

Cuando Hugo terminó de tomarse la cerveza dijo que tenía que marcharse a trabajar. Así que, aun sin saber si era una excusa o realmente tenía que irse, me despedí de él con un abrazo, un gracias y un lo siento por mi salida de tono.

Ya las tres solas, comentamos lo que nos llevaríamos al pueblo, aunque notaba que mi bolso latía con fuerza por el sobre que contenía dentro.

Nos iríamos el viernes en el autobús y volveríamos el domingo. No quise hacer ningún comentario sobre lo que había creído ver entre Hugo y Cloe, pero me moría por preguntarle a Noe si había visto lo mismo que yo.

—Me ha escrito Raúl y me ha dicho ¡que lo va a celebrar en el bosque, en un claro, durante todo el fin de semana! Llevarán tiendas de campaña y dormiremos todos en una especie de campamento fiestero. —Se rio.

—¡Cómo mola! ¡Qué original! —aplaudió Noe.

—Hay un lago precioso al lado, con una cascada impresionante. ¡Puede ser divertido!

—Tú vas a estar toda la noche tirándote a Raúl en una tienda de campaña, así que no intentes vendernos la moto —vaciló Noe.

—¡Qué dices! —Le lanzó un cacahuete—. Haremos una barbacoa el sábado y seguiremos la fiesta.

—Oye, a ver si ahora cada una os vais con otro y yo me quedo más sola que la una. Porque me meto en una tienda de campaña y me encierro hasta el domingo, acompañada de tres botellas de ginebra para olvidar las penas.

—Anda, tonta. Tú no te preocupes. Lo mismo encuentras un tío que te quite las penas —bromeó Noe.

—Uff, déjame de tíos, que bastante tengo ya.

—Quién sabe. Tú no cierres puertas por si acaso y disfruta —dijo Cloe.

—¿En serio pensáis que ahora me apetece liarme con alguien? —Alcé las cejas.

—Ahora, ahora no —aclaró Noe—, pero ¿y mañana?

Las tres nos empezamos a reír. La primera risa espontánea desde hacía varios días.

Después de escribir una lista de cosas que no podían olvidarse bajo ningún concepto, incluidos los condones (sugerencia de Noe), nos fuimos cada una a nuestra casa.

Cuando llegué, saludé a mis padres y les dije que me iba a la cama, que no tenía ganas de comer nada. Pero mi madre, con esas maneras de madre, me dijo que al menos una *tortillita*. Así que, para no pelear con ella, me la comí y después me fui a la habitación.

Una vez allí, saqué el sobre del bolso; lo miré como si fuera a trasladarme algún mensaje de Gael y, cuando lo iba a abrir, me entró el pánico y no lo hice. Lo metí en un cajón, donde se confundió entre los demás papeles que había dentro.



El viernes por la mañana preparé la maleta, decidida a pasar un par de días al menos un poco más divertidos de lo que venían siendo los anteriores. Como Cloe dormiría con Raúl, Noe y yo nos llevamos una tienda de campaña para dos que ella guardaba en casa. Yo no tenía nada para ir de acampada; nuestras vacaciones familiares siempre habían sido en apartamentos alquilados y ocasionalmente algún hotel, pero rara vez. Así que ni tienda, ni sacos..., nada. De hecho, mi madre decía que dormir en un sitio tan pequeño y sin apenas ventilación le daba un poco de claustrofobia.

Noe y su madre sí que habían acampado alguna vez juntas, así que, por lo menos, lo básico lo teníamos. Estábamos a mediados de agosto, de modo que todo lo que metí era de manga corta, tirantes, *shorts*..., si bien Cloe nos aconsejó guardar algo de manga larga, aunque fuera finito, porque por la noche refrescaría.

Fijaos si iba animada que hasta me llevé un libro por si me aburría como una ostra y me enclaustraba bajo el techo de la tienda de campaña hasta que fuera el momento de volver a Madrid. Así de motivada estaba.

Quedamos a las dos en el portal de Cloe. No podíamos llevar mucho equipaje porque íbamos en autobús y, si no, sería un coñazo cargar con tanto bulto. Cuando estaba cerrando mi mochila, los ojos se me fueron directamente al lugar donde guardaba el sobre de Gael. Dudé si llevármelo para abrirlo durante el viaje, pero tras sacarlo del cajón y clavar la mirada en él durante unos segundos, lo deposité de nuevo en donde lo había cogido hasta que tuviera fuerzas para ver lo que albergaba en su interior.

El pueblo de Raúl estaba a unas tres horas en autobús; no era mucho, pero lo suficiente como para que acabaras hasta el gorro del poco espacio y de los incómodos asientos. Pararía una vez, momento en el que podríamos ir al baño, estiraríamos las piernas y Noe se fumaría medio paquete de tabaco para quitarse el mono.

Gael continuaba mandándome mensajes e intentando que le cogiera el teléfono, pero seguía tan dolida que no tenía ni fuerzas ni ganas de hablar con él.

Nada más subirnos al autobús recibí un mensaje de Hugo.

Hola, Naira, ¿cómo estás? Perdona que vaya de mensajero (otra vez), te aseguro que no es agradable, pero me pregunta Gael si abriste el sobre. Un beso.

Me sabía fatal por Hugo que estuviera de correveidile entre nosotros, pero lo que estaba claro era que Gael se había buscado la manera de saber de mí, sin ser yo directamente quien se lo contara. Probablemente esa pregunta estaría en uno de los mensajes que borraba según llegaban, pero era lo que había, y él tenía que respetarlo.

Hola, Hugo, no te preocupes. Dile que no, que no lo he abierto aún. Estamos en el autobús, camino del pueblo del novio de Cloe para pasar el fin de semana. A la vuelta lo abro.

Su respuesta no se hizo esperar.

Ok. Pasadlo bien. Sabía que os marchabais; Cloe me lo dijo ayer. Disfruta y desconecta. Un beso.

¿Así que sabía que nos íbamos? ¿Cloe y él, desde cuándo eran amigos? ¿Me he perdido algo? Ella tenía novio, de hecho íbamos a celebrar su cumpleaños. No sé...; estará siendo amable con él, supongo. Nota mental: preguntarle a Cloe si se me ha pasado algo por alto.

Durante el viaje me senté sola. Les dije a Noemí y a Cloe que prefería ir sola escuchando música y, dado que en el autobús no había mucha gente, no tuve compañero de viaje durante todo el trayecto. Mis amigas iban justo detrás de mí, mirando unas fotos de Instagram que había colgado Alba, nuestra compañera de clase.

Nos comimos unos sándwiches que habíamos comprado en Rodilla de camino a la estación y nos bebimos unos refrescos fresquitos. Bueno, la verdad es que nos los comimos Noe y yo, porque a Cloe le valieron cuatro trozos de lechuga de una ensalada que se compró en el mismo establecimiento. Retiró el maíz, el pollo, el tomate... para solo comerse lo verde.

—¿Solo vas a comer eso? —preguntó Noe.

—Es una ensalada —respondió Cloe.

—Bueno, llamar a eso ensalada es ser muy optimista.

—Noe, no empieces como mi madre, ¿vale?

—Ehhh..., tranquila, leona. Es que me parece que últimamente comes bastante poco, al menos cuando nosotras estamos delante.

—Qué va —respondió dando un trago de agua.

—Pues yo sí que te noto más delgada —me metí en la conversación.

—No jodas, Nai, ¿tú también? Os dije que había empezado una dieta. Me alegro de que se note en mi peso —ironizó.

—No te enfades —respondí—; solo queremos que estés bien. Nada más.

—Pues lo estoy. ¿Contentas?

—Joder, qué carácter —suspiró Noe tras darle un mordisco a su sándwich.

—Mejor vamos a dejar el tema, ¿vale? —propuso Cloe algo molesta.

—Como quieras. —Y me di la vuelta para quedar de nuevo de espaldas a ellas.

Escuchando música, me quedé dormida hasta que llegamos a nuestro destino. Fue curioso, porque soñé que Gael me esperaba en la estación, con una sonrisa y las manos en los bolsillos, al final de los cuatro escalones que separaban el vehículo del asfalto.

Eran casi las cinco y media cuando el autobús tomó la última curva antes de que mi refugio ese fin de semana hiciera su aparición. El sol calentaba con fuerza y las casas bajas tenían los ventanucos cerrados para evitar que las altas temperaturas se colaran por las rendijas. No había ni un alma por las calles. Se notaba el mes en el que estábamos; no había quien saliera a primera hora de la tarde. Lo que vi no me disgustó, al contrario; me alentó un poco ver otro entorno diferente al que contemplaba por mi ventana todos los días.

Habíamos quedado en que Raúl nos esperaba allí para llevarnos en coche hasta su casa y descansar un poco antes de irnos al cumpleaños. Y menos mal, porque cuando Cloe nos contó lo de la acampada cerca del lago me temí lo peor, y una de las preguntas que me hacía era dónde me ducharía o ¿dónde podría hacer pis! Me alegré sobremanera de que la primera parada fuera allí. Y Cloe me tranquilizó al decirme que había un par de baños portátiles que habían alquilado. No es que fuera la mejor noticia del mundo, pero lo prefería a tener que mear entre tienda y tienda.

Bajamos del autobús y Raúl, puntual, nos esperaba a la salida de la estación.

Nada más verle, Cloe salió disparada a besarle y él hizo lo mismo. Sentí una punzada en el estómago y bajé la mirada. Por lo visto, lo de Gael escocía más de lo que yo pensaba. Pero cogí aire y, mirando al cielo azul, me hice la promesa de disfrutar al máximo de ese fin de semana.

—¡Hola, chicas! ¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Raúl mientras cogía por el hombro a Cloe.

—¡Muy bien! —respondí—. Se me ha hecho corto, la verdad.

—No me extraña; has estado dormida casi todo el rato —bromeó Noe.

Todos nos reímos. Yo sabía de sobra que Cloe le había contado a su novio, y suponía que con todo lujo de detalles, que Gael y yo ya no estábamos juntos, y eso me hacía sentir un poco incómoda por el hecho de fingir que no pasaba nada. Seguro que él estaba diciendo en su cabeza «pobrecita, menudos cuernos lleva», y sí, eso me hacía sentir mal. Pero debió de darse cuenta de mi careto cuando se me acercó mientras yo metía la mochila en el maletero y a solas me dijo:

—Hola, Nai, ya me ha contado Cloe lo de...

—Ya, lo suponía.

—¿Cómo estás?

—Todo lo bien que se puede estar, al fin y al cabo.

—Bueno, si necesitas algo...

—Gracias, Raúl. Y gracias también por invitarnos a tu cumpleaños.

—Verás qué bien lo vamos a pasar.

—Seguro que sí. —Forcé una sonrisa.

Bajamos el portón trasero y nos metimos dentro del coche. Mis amigas ya nos esperaban dentro.



Raúl había quedado con sus amigos a las ocho en la zona donde acamparíamos. Ellos se habían ocupado de todo, las compras, poner las tiendas de campaña..., de tal manera que, cuando él llegara, diera comienzo la fiesta. Raúl nos dijo que había hablado con sus amigos para que reservaran un hueco para nuestra tienda de campaña. Además, no es que yo entendiera mucho de acampadas y esas cosas, pero Noe me explicó que la suya era de esas que se lanzaban al aire y se montaban solas, con lo cual la cosa no parecía complicada.

No sabía muy bien qué ponerme y al final me decidí por unos *shorts* vaqueros blancos y una camiseta de tirantes amarillo pastel. En la mochila también había metido unas sandalias romanas marrones y una chaqueta ligera para por la noche.

Salimos a las ocho menos cinco de casa de Raúl. Nos dijo que, en poco más de cinco minutos, estaríamos allí. Nos metimos por un camino de tierra con muchos baches, rodeado de altos y frondosos árboles. Llegamos a un pequeño claro, donde vimos cuatro coches aparcados.

—¿Como cuántos vamos a ser? —preguntó Noe.

—Uff, no te puedo decir —respondió Raúl—. Lo han organizado mis colegas. Pero más o menos unos veinte, supongo.

Resoplé. ¿Unos veinte? Pues sí que éramos gente. Me imaginaba algo un poco más... familiar. Que sí, que yo no estaba muy por la labor de pasármelo en grande, pero de verdad que en la cabeza tenía otra imagen de celebración.

Nos bajamos del coche y sacamos del maletero los sacos, la tienda de campaña y un par de pequeñas mochilas donde yo, personalmente, había metido mis cosas de aseo, un pijama, la chaqueta y también papel del váter, porque solo de pensar que me entrara un apretón y que no hubiera papel en los *superbaños* me hacía ponerme un poco nerviosa.

Reconozco que nunca había sido muy amante de dormir al aire libre. Donde estuviera una cama que se quitara todo lo demás. No entendía demasiado bien el que

la gente disfrutara durmiendo literalmente en el suelo, porque por mucho que te pusieras un saco y una esterilla, seguías a pocos centímetros de él.

Caminamos un par de minutos cuando vi que Cloe cogía su móvil y escribía algo rápido. El suelo estaba lleno de pequeños palitos, arena y algún que otro tronco que tuvimos que sortear. Iba mirando al suelo, la última del grupo, cuando oí a Cloe decir:

—Joder. ¡Esto es perfecto!

Alcé la mirada y ante mí se abrió un lugar precioso. Varias tiendas de campaña, cada una de una forma y color, estaban colocadas en círculo. Una fila de pequeñas luces se iba uniendo de tienda a tienda hasta formar una hilera que alumbraba lo suficiente como para darle una magia especial al lugar. En el centro, unas cuantas mesas con comida, sándwiches, empanadas, tortillas de patata..., perfectamente cubiertos cada uno por *film* transparente. Y, de fondo, lo más espectacular: un lago empedrado enmarcado por una cascada que retumbaba con un agradable sonido.

Hacía tiempo que no veía un lugar tan bello, con tanto encanto, pero ¿dónde estaba la gente? Cloe se adelantó un poco y, nada más acercarse a la primera tienda de campaña, comenzaron a salir sus amigos de no sé dónde, cada uno por un lugar diferente, al grito de «¡sorpresa!». Reconozco que me asusté —hasta me puse la mano en el pecho—, pero después me entró la risa. Noe me miró, también riéndose, y me cogió la mano.

—Vamos a pasárnoslo bien, nena.

Y caminamos detrás de Raúl y Cloe hasta reunirnos con todos sus amigos.

El móvil empezó a vibrar en el bolsillo delantero de mi pantalón; lo saqué y vi que el nombre de Gael parpadeaba en la pantalla. El corazón me dio un vuelco. Sostuve el teléfono en las manos, sin apartar la mirada de su nombre, hasta que dejó de vibrar. Debía de haber saltado el contestador. Una vez que la pantalla se apagó, lo volví a meter en el bolsillo, con el corazón encogido.

Me daba mucha pena estar así, pero es que estaba tan dolida que tener cualquier contacto con él me causaba un daño demasiado agudo.

Raúl y Cloe empezaron a presentarme a un montón de gente y, la verdad, no me quedé con el nombre de ninguno. Puse la sonrisa forzada en modo *on* y repartí «holas» a diestro y siniestro.

La música empezó a sonar con fuerza a través de unos grandes altavoces colocados estratégicamente. La verdad es que, como estábamos en mitad de la nada, no molestaríamos a nadie.

—¡Ven! —Cloe me agarró del brazo—. ¡Te voy a enseñar la cascada!

Caminamos apenas unos metros hasta alcanzarla. Por un momento me hubiera encantado estar allí sola, sentada sobre una roca, mirando y escuchando el sonido del agua. Pero no, me encontraba en una fiesta, con mucha gente desconocida, en un

lugar nuevo para mí y con más ganas de estar en mi cama, tapada hasta arriba, que allí.

Pero bueno, había que hacer vida social y empezar a retomar la mía, la nueva pos-Gael.



La fiesta seguía su curso y yo pasé un poco desapercibida. Cloe hablaba animada con las chicas del grupo y Noe bailaba desenfrenada con uno de los amigos de Raúl.

Las dos intentaron varias veces integrarme en sus conversaciones, pero al final acabé diciéndoles que prefería estar tranquila, que se lo agradecía mucho, pero que lo que me apetecía era estar sola.

—Si necesitas cualquier cosa nos llamas —me advirtió Cloe.

—Tranquila, de verdad, estoy bien. Es que no tengo muchas ganas de socializar hoy. —Medio sonreí.

Me acerqué un par de veces a la mesa de las bebidas, la primera para coger una cerveza fresquita y luego sentarme a mirar el lago mientras algunos se bañaban entre risas y aguadillas, y la segunda para prepararme un *gin-tonic*. Ya que tenía que estar allí, pues bueno, las penas serían menos penas (o no, no lo sé).

Después de preparármelo, me cogí un sándwich de atún (menuda combinación con la ginebra) y me senté al lado de nuestra tienda de campaña para comérmelo a gusto. Me bebí el *gin-tonic* y volví para prepararme otro. Tenía que pasar la noche como fuera. Y si debía hacerlo como si estuviera viviendo en un mundo paralelo, lo haría.

Caminé un poco hasta llegar de nuevo donde estaban aparcados los coches. Puta orientación. Qué mala era para situarme en los sitios. Mi idea era ir al lado contrario, pero había terminado donde la tarde había comenzado.

Me apoyé sobre el capó del coche de Raúl y miré hacia la fiesta. A lo lejos se veía el reflejo de las luces y la música se oía más baja (cosa que agradecí). Cogí aire y después lo exhalé por la nariz. ¿Qué estaría haciendo Gael en ese momento? ¿Estaría con ella? ¿Me estaría echando de menos? Cuando Hugo me contó que había cerrado la tienda me di cuenta de la importancia de la situación; no era solo nuestra relación, sino que se estaba extendiendo hasta temas laborales que seguramente al padre de Gael le habrían sentado como un tiro. Si yo ya no era de su agrado, ahora lo sería

mucho menos, pero qué más daba; ya no tenía que caerle bien a nadie. Su hijo y yo ya no éramos nada, aunque mi corazón tratara de negármelo cada segundo.

Me hubiera encantado poder mirar por un agujerito y verle. O poder haberme colado por unos segundos en su mente y escuchar sus pensamientos. Hasta sonreí al pensar que eso pudiera ser posible. Por lo visto, la ginebra estaba empezando a hacer acto de presencia en mí. Me sentía como si todo fuera un sueño y la realidad estuviera distorsionada.

El sonido de un motor hizo que me sobresaltara y me sacó de mi ensimismamiento. Una moto aparcaba justo al lado de donde yo me encontraba. Me levanté del capó y me quedé quieta, cegada por la luz del faro mientras intentaba protegerme de ella con el brazo. El conductor apagó el motor y se bajó con agilidad de la moto. La verdad es que yo no sabía por qué me había quedado ahí como un pasmarote, sin moverme. El chico se quitó el casco y sacudió la cabeza como despejándose. Al verme ahí quieta, también se quedó sorprendido.

—Hola —dijo medio sonriendo—. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente —respondí sin moverme del sitio.

La falta de luminosidad de la zona hacía que no distinguiera bien su cara, pero su primer acercamiento había sido agradable. Al menos, su voz lo era.

—Estás en la fiesta, supongo —dijo mientras metía el casco en una caja anexa a la moto.

—Sí. Entiendo que tú también, ¿no? —respondí tras dar un largo trago a la bebida.

Naira, contrólate que si no acabarás borracha en mitad del campo. Venías a despejarte, recuérdalo.

—Sí.

—Pues llegas tarde —dije seca.

Toma ya. Primeras reacciones de mi mala cabeza.

—Lo sé, lo sé —sonrió—, pero eso aún no es delito, ¿no? —Entrecerró los ojos.

—Mmm..., supongo que no.

De repente, algo le llamó la atención en mí.

—Oye, ¿tú y yo no nos hemos visto antes?

—¿Qué?

—Me sueñas mogollón.

—El caso es que... —dije acercándome más a él— tú me resultas conocido también.

Mierda, creo que mi voz empezaba a sonar como si estuviera medio colocada.

—¡Eres Naira!

—¡Hostias! ¡Y tú adivino! —me reí tras dar el último trago largo al cubata antes de acabarlo.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Joder, pues espera que piense... —medité un par de segundos—; no, no me acuerdo.

—Soy Rubén, el chico que conociste este verano en Gandía. Ibas con tus amigas y yo con dos amigos míos. Os invitamos a tomar algo en una terraza y terminamos en una discoteca. Y una de tus amigas y mi colega Maxi tuvieron más que palabras, en el buen sentido.

Yo le seguía mirando extrañada. Me sonaba mogollón la historia, pero el alcohol me nublaba la memoria.

—Saliste literalmente corriendo de la discoteca cuando me acerqué a ti —susurró.

—¡Coño! ¡Ya me acuerdo! ¡El opositor a policía!

Soltó una carcajada.

—¡Sí! Joder, me ha costado —dijo tocándose la frente.

Nos dimos dos besos.

—Perdona, es que tengo memoria de pez —dije.

—Ya..., y me imagino que lo que hayas bebido en la fiesta también habrá tenido algo que ver.

—Puede ser. —Alcé las cejas.

—¿Y qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú. En un cumpleaños, ¿no?

—Bueno, me refería a algo alejada de la fiesta.

—Es que yo quería ir allí —señalé con el dedo índice al lado contrario— y no sé cómo, pero he acabado aquí. —Levanté los hombros.

—Entiendo. Y ¿de qué conoces a Raúl?

—Es el novio de Cloe.

—¡No jodas! ¿Tu amiga es su novia?

—Sí. ¿Y tú?

—No, yo no soy su novia —bromeó.

—Jaja, me parto de la risa —ironicé.

—No, en serio. Le conozco porque mis padres también son de aquí. Somos amigos desde pequeños. Pero hacía mucho que no le veía, y coincidía que este finde pasaba por aquí y le avisé. Me contó lo del cumpleaños y aquí estoy.

—Entonces, ¿no conoces a Cloe?

—Sabía que tenía novia, pero, si te soy sincero, entre que vengo poco y que no he coincidido nunca con tu amiga cuando estaba aquí, nunca la había visto. Sabía su nombre, pero no le ponía cara.

—Pues es preciosa —sonreí.

—No lo dudo —respondió con el mismo gesto.

Tras unos segundos algo incómodos mientras los dos mirábamos a nuestro alrededor, Rubén continuó hablando.

—¿Vamos a la fiesta? Voy a buscar a Raúl para felicitarle.

—Ehh... —pensé—, pues sí. Venga, voy.

—Perfecto.

—Oye, ¿tú no llevas tienda de campaña?

—No, es que la comparto con un colega que ya está aquí.

—Ah..., es que dormir aquí en el suelo, a la intemperie, puede ser muy incómodo —le susurré como si fuera un secreto.

—Tranquila, gracias por preocuparte, pero estaré bien —musitó asimismo.

—Genial. —Guiñé un ojo.

—Fíjate que me preocupas tú más por cómo acabes la noche.

—¿Yo? ¡Seguro que bien! Tú tranquilo.



Nos acercamos juntos a la fiesta. Recorrimos en silencio los escasos metros que separaban el aparcamiento de las tiendas de campaña.

—Voy a buscar a Raúl —me dijo.

—Genial —respondí.

—¿Nos vemos luego?

—Claro, por aquí estaré —sonreí.

Yo me aproximé hasta la improvisada pista de baile y busqué a mis amigas con la mirada.

A la primera que vi fue a Noe, que lo estaba pasando en grande con el mismo chico con el que la había visto antes. Nada más verme, se acercó a mí dando saltitos y sonriendo.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó.

—Pues estaba allí —dije señalando de donde venía—. ¿Y sabes con quién me he encontrado?

—¿Con quién?

—¡Con uno de los chicos que conocimos en Gandía!

—¡No jodas!

—Con... Rubén.

—¿Y dónde está?

—Pues no sé... Acaba de llegar. Me ha dicho que iba a felicitar al del cumpleaños.

—Joder, desde luego el mundo es un pañuelo. ¡Vente a bailar con nosotros! —me propuso, tirándome del brazo.

—Ufff..., no me apetece. Estoy un poco mareada.

—¿Has bebido mucho, nena?

—Pues no, al menos eso creo —dudé—. Además, tú estás muy bien acompañada —exclamé sorprendida.

—¡Ay, sí! ¡Mira qué mono es! Se llama Agus. Vive aquí. Y por cómo pinta la fiesta, creo que él y yo también celebraremos algo esta noche.

—¡A ver si me vas a dejar sin sitio para dormir!

—Tú no te preocupes. —Y me dio un beso en la mejilla para después salir pitando a la pista con el que decía llamarse Agus.

Después vi a Cloe a lo lejos hablando con un par de chicas. Me miró y me hizo un gesto con el brazo para que me acercara, pero le respondí que no con un mohín. Es verdad que estaba siendo totalmente antisocial, pero es que no me apetecía conocer a nadie. Bastante que estaba en la fiesta, y no en la tienda de campaña devorando el libro que me había traído.

Como estaba algo mareada me senté en el suelo, cerca de donde estaban bailando, y me puse a mirar el móvil. Y, tonta de mí, abrí la galería para ver las fotos. La primera en la frente. Gael y yo en el hotel donde lo hicimos por primera vez. Ambos sonreíamos; nos brillaban los ojos. Él sostenía el móvil y juntábamos las cabezas para hacernos un *selfie*. La borré. Sin pensarlo. Porque si me paraba a darle vueltas, no solo no la eliminaría, sino que probablemente la imprimiría para colocarla en un marco de fotos y castigarme con ella mientras la contemplaba en la mesilla de mi habitación.

En la siguiente foto, Gael se tapaba la cara como para no salir en la instantánea, pero el brazo no ocultaba la boca, que mostraba una sonrisa amplia y luminosa. La hice justo antes de ir al restaurante a cenar. Lo recordaba perfectamente; me decía que no le gustaban las fotos, y menos salir él solo. Y justo cuando disparé, le dio tiempo a taparse parte del rostro.

Joder, cuánto le echaba de menos; lo que hubiera dado por volver el tiempo atrás y que nada de eso hubiera pasado. Ojalá no hubiera habido otra persona en su vida para que solo existiéramos él y yo, y no un trío en el que yo era la pieza que no encajaba.

Hubiera sido tan fácil si desde el principio las cosas se hubieran hablado... Estaba en sus manos y no lo hizo. ¿Por qué? No lo sé. Sería que le compensaba una relación a tres. Quizá ella le daba algo que yo no podía darle y equilibraba lo que faltaba en su balanza.

Pero la aplastante realidad era la que era. Y no se podía cambiar.

El efecto del alcohol me hizo sentir más vulnerable de lo que ya estaba. Quería verle, tocarle, olerle, sentirle... como tantas veces lo había hecho antes. Sin remordimientos, sin disculpas, con te quiero, con abrazos, con besos, con deseo. Volver a ser la pareja que éramos y disfrutar el uno del otro como si no hubiera un mañana.

Pero ¿de qué me servía ahora lamentarme? Él lo había decidido así, y por su culpa yo me encontraba tan mal. No se merecía ni un solo segundo de mis pensamientos.

Cuando fui a ver la tercera foto, el móvil empezó a vibrar y en la pantalla apareció su nombre de forma intermitente. Gael. Me llamaba otra vez. Di un respingo y el corazón me empezó a latir a mil por hora. Qué jodida reacción provocaba en mí. No quería cogerlo, pero quizá debido al alcohol, que ahora mismo era mi mejor excusa, deseaba oír de nuevo su voz. Me sentía tan sola allí..., habríamos estado tan bien juntos disfrutando del fin de semana...

El móvil seguía vibrando y, en un momento de enajenación mental, descolgué y me puse el auricular en el oído. No dije nada. Solo esperé. Y, con el corazón que se me iba a salir por la boca, le escuché. Después de justo una semana, volví a oír su voz.

—Naira —dijo nervioso—, Naira. ¡No cuelgues, por favor!

Yo seguía sin contestar. Su voz me había transportado de nuevo a todo lo bonito que vivimos juntos. No podía verle, pero no sabía por qué podía sentir su aroma. Cerré los ojos y una lágrima se deslizó sin permiso por mi rostro.

—Naira, estás ahí, ¿verdad? Te oigo respirar. Por favor, dime algo —suplicó.

Su voz era un poco más relajada. Estaba tan nerviosa que ni las palabras me salían por la boca. Volver a oírle me había provocado un huracán emocional, donde ya no sabía ni lo que estaba bien ni lo que estaba mal.

—Nai, por favor, necesito verte, que hablemos, tengo que explicarte lo que pasó. Te juro que tiene una explicación. Déjame verte, te lo ruego. Me estoy volviendo loco, Naira.

Cogí aire, con intención de decir algo, pero el dolor que sentía por su traición pudo más que las pocas palabras que se aglutinaban dentro de mi boca. Y, con todo el dolor de mi corazón, colgué.



Con furia y lamentos me guardé el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y me acerqué de nuevo a la mesa de las bebidas mientras me retiraba con despecho las lágrimas. ¿Buena idea? No lo sé. Pero en ese momento fue la que mejor me pareció. Estaba entre cabreada y dolida, y la mejor idea que se me ocurrió (no me preguntéis por qué) fue ir derechita a beberme un cubata.

Según llegué allí, cogí un vaso de chupito, de plástico, y lo llené de vodka hasta el límite. Y, sin pensarlo, me lo bebí de un trago. Dios, casi vomito. Noté un ardor en la garganta que me bajó hasta el estómago. Apoyé las manos en las rodillas mientras, con cara de asco, intentaba tragarme aquel líquido horrible. Puto mal de amores.

—Vaya..., ¿quieres que pasemos un buen rato? —oí decir a un chico con varios *piercings* en la cara y al que miré aún con el líquido en la boca.

—Relájate, Riki —respondió otro chico.

Al darme la vuelta vi que era Rubén, que le hacía un gesto desafiante al tal Riki y le indicaba que se marchara.

—Vale, vale, tranquilo. —Alzó las manos en señal de rendición—. Solo quería pasar un buen rato con ella.

—Pues creo que ella no está en condiciones de pasar un buen rato con nadie —respondió Rubén tajante.

Me incorporé tras tragarme por fin el vodka y toser un par de veces. La cara de repugnancia creo que aún la tenía.

—¿Estás bien? —me preguntó Rubén.

—Sí, sí —resoplé—. Gracias por lo de tu amigo. Tienes razón en que no estoy para buenos ratos. No soy muy buena compañía ahora mismo.

—De nada. Es que le he visto en plan aguilucho y...

—Te lo agradezco, de verdad.

—¿Sabes que lo de que el alcohol quita las penas es una leyenda urbana? —dijo sin mirarme mientras se ponía un refresco.

Levanté las cejas y medio sonreí.

—Hay algo que funciona mucho mejor —continuó.

—¿Sí?

—Sí, ¿sabes qué es?

—Me muero por saberlo.

—Hablar con alguien. Y, mira qué suerte la tuya, que hoy es mi día de escuchar a la gente —sonrió—. ¿Te animas?

Yo también sonreí.

—¿En serio prefieres escuchar los desamores de una desconocida un poco bebida en vez de disfrutar de la fiesta con tus colegas?

—Mmm..., hombre, dicho así, no me lo pones muy fácil —fingió dudar mirando al cielo—, pero sí, lo prefiero. Además, no eres totalmente desconocida para mí, y lo de que estás bebida es cuestión de tiempo. En un rato estarás en plenas facultades para soportar la resaca. —Guiñó un ojo.

—Uf, no sé qué es peor, si la borrachera o la resaca.

—Creo que la segunda —respondió con un mohín.

—Entonces me tomaré otra cerveza. Total...

—Bueno, tampoco te lo tomes en el sentido literal de la palabra —dijo, quitándome el botellín de la mano para dejarlo de nuevo en la neverita portátil—. ¿Te apetece que demos un paseo?

Suspiré.

—Venga, vale..., pero te advierto que achispada soy bastante aburrida.

—¿Quién dice eso? A mí me estás pareciendo la mar de divertida.

—Ya... ya me lo dirás.

Caminamos hacia el lago, que estaba levemente iluminado con las luces que colgaban de las tiendas de campaña. La verdad es que el paisaje era precioso. Ya era noche cerrada y varios chicos y chicas se bañaban entre risas y juegos. La cara se me iluminó.

—Ayyyyy, ¡¡¡yo me quiero bañar!!! —grité mientras corría directa a las piedras que daban directamente al agua.

—Eh..., espera, espera. —Me sujetó del brazo—. ¡No llevas bañador! Y cuidado, que las piedras resbalan mucho.

—¡Qué más da el bañador! —Y, con toda la soltura del mundo, me quité la camiseta de tirantes para quedarme en sujetador.

—Ey ey ey..., tápate —dijo Rubén, intentando cubrirme con mi camiseta.

—¡Déjame! ¿No dicen que «lo que se van a comer los gusanos lo disfruten los humanos» o algo así? ¡Pues venga! ¡Que lo disfruten! —grité, alzando los brazos y mostrando mi sujetador.

Unos chicos empezaron a vitorearme desde abajo al grito de «¡quítatelo todo!» y otras cosas que no oí bien (y menos mal).

—A ver, exhibicionista, ¿dónde tienes el bañador, que te acompaño para que te lo pongas? —dijo, intentando taparme de nuevo—. ¡Y vosotros callaos, coño! ¿No veis que ha bebido mucho? —increpó a los chicos que me animaban.

Sonreí, aleteé las pestañas mientras miraba a Rubén y asentí.

—Vaaaaaale. Vamos a por mi biquini, don aburrido.

—Genial —suspiró aliviado.

Y, cuando nos dimos la vuelta para dirigirnos hacia las tiendas de campaña, me volví de nuevo y salí corriendo otra vez al lago.

—¡Pero hoy sin bañador! ¡Al agua!

Salté desde una piedra hacia la nada. En ese momento, no sabía si la distancia desde la piedra al agua era de dos metros o de mil. Simplemente me dejé llevar. Y, de repente, me sumergí dentro del agua fría y cerré los ojos como por inercia.

—¡¡¡Yujuuuu!!! —exclamé al salir del agua, aún con los ojos cerrados.

Pero no solo saqué la cabeza, sino que, no sabía muy bien por qué, también me desabroché el sujetador y lo mostré mientras lo agitaba como si fuera un trofeo. ¿Dónde coño estaban mis amigas, que estaban dejando que me comportara como una jodida loca?

Vi a Rubén acercarse con rapidez a la piedra y, cuando me vio en plan exhibicionista y oyó los silbidos de sus amigos, que se empezaban a acercar a mí, abrió los ojos como platos y solo le oí decir:

—Me cago en la puta.

Se quitó la camiseta y las playeras y se lanzó al agua, con pantalones y todo.

—¡Síííí! —exclamé.

Se sumergió muy cerca de mí y me revolví para ver por dónde saldría. En el lugar en que yo estaba cubría, cosa que agradecí, porque así nadie me vio las tetas. O, al menos, eso quería pensar yo.

Rubén salió de debajo del agua justo detrás de mí y, con un rápido movimiento, me tapó con la camiseta que llevaba en la mano.

—Joder, Naira, pues va a ser verdad que bebida eres movidita. Me estás haciendo sudar la gota gorda.

Yo me abracé a su cuello porque ya me costaba mantenerme en el agua, y la verdad era que estaba un poco mareada. Él me sujetaba por la cintura. Arrugué la nariz como disculpándome, gesto que le hizo sonreír mientras negaba con la cabeza.

—Eres la hostia. Venga, tápate y salgamos del agua.



Cuando nos dirigimos hacia las tiendas de campaña, no quedaba mucha gente bailando. Solo vi a tres chicas sentadas en el suelo, con una cerveza cada una y riéndose a más no poder, y a dos chicos bañándose en el lago.

Yo iba algo menos borracha; el baño me había despejado un poco, lo suficiente como para que temiera que se ahogaran sin que nadie se enterara. Iba pensando en eso cuando Rubén me sacó de mis pensamientos.

—Espera, esta es mi tienda de campaña.

Me paré y observé que algo colgaba de la cremallera. Me tuve que acercar para descifrar lo que era.

—¿Qué quiere decir exactamente un calcetín colgando de la anilla de la cremallera? —musité.

—Joder —se quejó—, pues que tiene compañía.

Me entró la risa. Cada cual buscaba sus métodos para avisar a sus compañeros. Pero un calcetín..., joder, qué poco glamur.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Pues creo que tendrá que parar de hacer lo que esté haciendo para darme por lo menos mi mochila.

—Le vas a hacer una putada, lo sabes, ¿verdad? —me carcajeé.

Él sonrió también.

—La verdad es que sí —respondió tocándose la nuca—, pero si no, voy a coger una pulmonía. Y polvos puede echar más veces.

—Bueno, visto así... —Guiñé un ojo.

Llamó a su amigo desde fuera.

—¡Agus! ¡Sácame la mochila, que estoy empapado!

—¿Has dicho Agus?

«No me jodas», pensé.

—Sí, ¿le conoces?

—No, pero creo que sé con quién está. Verás... ¡Noe! ¡Para de darle al tema y deja al chico que saque la mochila, que mi amigo se está helando, coño!

Rubén me miró extrañado. Y, de repente, desde dentro se oyó:

—¡Oído, nena!

Era la voz de Noe. ¡Madre mía, cómo la conocía...! Me llegaba a sorprender hasta a mí misma. Rubén enarcó las cejas y yo sonreí con autosuficiencia al ver que no me había equivocado. En ese momento, la parte de abajo de la cremallera subió apenas dos palmos y una mochila salió disparada antes de volver a cerrarse la puerta inmediatamente.

—¡Nena! ¡Hoy no duermo en casa! —se carcajeaba.

—¡Rubén! ¡Seguro que Naira está encantada de que la acompañes en su tienda! —gritó Agus.

Los dos nos miramos. Jodidos amigos; qué manía de dejarnos tirados. Pero bueno, la amistad era lo que tenía; si había que compartir tienda de campaña con Rubén para que mi amiga echara unos polvos tranquila, se hacía. Y no se hablaba más.

—Pues hale, ya los has oído. Te invito a dormir en mi *apartamento* — dije.

De lo que estaba segura era de que, si hubiera estado en plenas facultades, le habría dicho a Noe que era una perra por dejarme sola y a Rubén que se fuera buscando una buena rama para taparse, porque en mi tienda no dormíamos más que yo y los mosquitos que pudieran colarse. Pero como la situación era otra, mi reacción también fue distinta. Hasta me pareció divertido.

Nuestra tienda estaba unas tres más allá. La reconocí porque era azul oscuro y junto a ella habíamos dejado una neverita roja.

La verdad era que yo también estaba helada; iba empapada y, aunque no hiciera un frío polar, sí que era cierto que a esas horas ya refrescaba, y si además iba calada, ya ni os cuento. Tenía la carne de gallina y me dio como un escalofrío.

—Estás helada, ¿verdad?

—Sí, solo a mí se me ocurre tirarme al agua... En fin...

Abrí la cremallera despacio y me adentré en la tienda de campaña. Encendí un pequeño farolillo que habíamos colgado y la reducida estancia se iluminó. A un lado habíamos dejado las mochilas; por lo visto, Noe no iba a necesitar la suya esa noche. Los sacos estaban enrollados y las esterillas también.

—¿Se puede? —preguntó Rubén desde la entrada.

—Claro. Bienvenido a mi palacio —sonreí, mostrando el espacio con la mano.

—¡Guau, es enorme! —ironizó.

Su comentario me hizo soltar una carcajada, que terminó por contagiarme. Dejó su mochila en el suelo y se agachó para abrirla y sacar de allí su ropa. Yo hice lo mismo con la mía.

—Cámbiate aquí; yo espero fuera —dijo él.

—Genial. Ya me has visto demasiado como para desnudarme del todo. Cada cosa a su tiempo, pequeño —bromeé.

Y eso hice. Me quité toda la ropa y me puse un pijama de verano, formado por una camiseta de tirantes y pantalón corto; bueno, en realidad, pantalón muy muy corto; de hecho, creo que se me veía medio culo.

Y ahora venía mi gran duda de siempre: ¿me dejaba el sujetador puesto? El pijama era blanco, con un arcoíris que atravesaba la parte del pecho y la zona del culo del pantalón. Y, sinceramente, no me apetecía una mierda que estando dormida se me asomara una teta. Porque si hubiera estado Noe aquí para dormir conmigo me daba igual, porque me había visto las tetas más que mi madre. Pero Rubén..., como que no.

Así que decidido: dormía con el sujetador puesto. Algo más incómoda pero más tranquila.

Cuando terminé de vestirme, me asomé fuera con timidez; Rubén me esperaba de pie mientras miraba su móvil.

—Hola —susurré.

Inmediatamente se dio la vuelta y sonrió sorprendido.

—Vaya, estás...

—En pijama —dije, intentando taparme los muslos.

—Bueno, sí, pero me refería a que estás preciosa.

—¿Yo? Qué va.

—El blanco te sienta bien.

—Tú que me miras con buenos ojos.

—No creo que sea el único que lo haga.

—¿Cómo?

—Que no sé por qué me da que el que hoy hayas bebido más de la cuenta tiene que ver con algún capullo que no te ha tratado bien.

Suspiré y miré al suelo.

—Puede ser.

—¿Quieres hablar?

Medio sonreí con nostalgia. Me vino de repente a la cabeza la voz de Gael pidiéndome que le dejara hablar conmigo. Y el mundo se me volvió a caer sobre los hombros.

—Mira, voy a cambiarme antes de morir helado y, cuando termine, hacemos lo que te apetezca. ¿Te parece?

Joder, ¿por qué tendrían que cruzarse en mi vida últimamente chicos tan encantadores que luego me daban la hostia del siglo y me hacían incluso

replantearme mi orientación sexual? Jodidas hormonas adolescentes. Qué malas pasadas me estaban jugando.



Cuando se cambió decidimos quedarnos en la tienda de campaña. Yo tapada con mi saco y Rubén echado sobre el suyo, con el torso al aire y los pantalones negros cortos del pijama, nos quedamos tumbados uno frente al otro a la penumbra de la luz de la luna que entraba por las pequeñas ventanas bajas. Yo estaba un poco mareada aún y, aunque fui yo la que propuso que nos quedáramos relajados allí, según me tumbé me arrepentí. Todo me empezó a dar vueltas. Tuve que incorporarme unas cuantas veces, preocupada incluso por acabar vomitando entre saco y saco. Madre mía, menuda imagen tenía que estar dando a este chico. Entre que la primera vez salí pitando de la discoteca como si hubiera visto un fantasma cuando me vino a hablar y ahora me veía como una puñetera cuba, debía de pensar que estaba para encerrarme en un psiquiátrico.

Pero por suerte no acabé echándole la cena encima y pude controlar los mareos tras incorporarme unas cuantas veces, cosa que no entendía muy bien por qué, pero le hacía gracia.

—¿Estás mejor? —susurró tumbado de lado desde su saco.

—Sí, ya estoy menos mareada.

—La verdad es que te preguntaba por tu corazón. ¿Está mejor?

Sentí un escalofrío que me recorrió toda la espina dorsal, de abajo arriba. Hablar de Gael no era nada fácil, y menos con alguien a quien prácticamente acababa de conocer.

—Esa pregunta es más difícil de contestar de lo que yo pensaba —suspiré.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El capullo.

—¿El capullo? —Cogí aire—. Gael.

—¿Existía ya ese verano cuando nos conocimos?

—Bueno, podría decirse que sí, pero nuestros sentimientos aún eran desconocidos, incluso para mí.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Lo cierto es que no me estaba resultando tan difícil charlar con Rubén; tenía una forma de hablarme, un tono de voz, una mirada... que me inspiraban la confianza suficiente como para abrirle mi corazón sin tener que sentirme juzgada.

—Es una larga historia.

—Tenemos toda la noche —medio sonrió.

Era guapo. Sí, lo era. Cuidado, Naira.

—¿Sabes esa sensación de que tienes todo en la vida, las cosas te van muy bien y, de repente, sin apenas darte cuenta, todo se va a la mierda? Es que... es algo difícil de explicar, pero es como si te cogieran el corazón y te lo pisotearan sin remordimientos.

—Vaya, pues lo has definido muy bien —sonrió— para no saber cómo hacerlo; has sido muy gráfica. Y sí, lo he sentido alguna vez.

—¿A que es horrible?

—Lo es.

—Y es que es como que tienes ganas de gritar a los cuatro vientos que todo es una puta mierda y quieres echar el tiempo atrás y que no ocurra lo que finalmente ha pasado.

—¿Qué te ha hecho el tal Gael para estar tan dolida? ¿Tengo que ir a partirle la cara?

Ahora fui yo la que me reí.

—Pues mira, hace unos días te habría dicho que sí, pero ahora, con la conciencia en su sitio, preferiría que no lo hicieras. No valdría la pena.

Cogí aire para contarle que había sido una jodida pardilla en brazos de un maestro. Así me sentía, como la inocente chica novata que es utilizada por un tío con demasiada experiencia. Y con esas mismas palabras se lo expliqué. No sabía si estaba siendo dura o no, pero de lo que sí estaba totalmente segura era de que estaba siendo tan sincera que hasta dolía.

Rubén me escuchaba atento e intercalaba alguna pregunta, que contestaba sin problemas y con toda la honestidad del mundo. Estaba claro que necesitaba esta conversación con alguien ajeno a mi entorno y a mi vida, con una persona que no conociera de nada a Gael y por tanto pudiera ser totalmente objetiva con lo que yo le contara. Aunque, realmente, ¿yo lo estaba siendo o estaba aún cegada por el engaño?

—Y tus amigas ¿qué te dicen?

—Que es un cabronazo, un mentiroso, un gilipollas...

—Jajaja. Vale, me ha quedado claro y pienso lo mismo. ¿Y alguno de sus amigos se ha puesto en contacto contigo?

—Sí, Hugo. Le conocí primero a él. Fue el que después me presentó a Gael.

—¿Y qué te aconseja?

—A ver, yo a Hugo le quiero un montón, y para nada quiero hacerle partícipe de todo esto; no quiero que esté en medio ni que haga de mensajero entre uno y otro. Pero ayer me entregó una carta de parte de Gael. Según Hugo, es el finiquito y esas cosas, pero no sé por qué me da que hay algo más. Si te soy sincera, me da un miedo atroz abrirla.

—Es normal, pero apuesto a que te mueres por saber qué hay dentro.

—Pues claro. Qué quieres que te diga. Pero ahora tengo que pensar con la mente fría, y te aseguro que no es fácil, porque rápidamente me desarmo.

—En cuanto llegues la abres y luego me cuentas.

—¿Antes o después de llorar? —ironicé.

—Venga, no adelantes acontecimientos. Lo mismo luego te sorprendes a ti misma.

—Ufff, no creo. Soy bastante previsible.

—¿Previsible? Venga ya. A mí me has sorprendido bastante tirándote al agua medio desnuda. Te aseguro que no lo vi venir.

Me tapé la cara con el saco, de la vergüenza que me acababa de dar oírle decir eso. Soltó una carcajada.

—Puedes salir —dijo.

—No quiero.

—¿Por qué? —seguía riéndose.

—Porque me da corte. Fíjate que hasta lo había olvidado.

—No..., imposible. Eso no se te puede olvidar. No me lo creo. Bueno, a mí no se me ha olvidado. Casi me tengo que dar de hostias con dos tíos que, según te han visto tirar el sujetador por los aires, nadaban a toda velocidad hacia ti.

—¡Cállate, que me da más vergüenza!

Volví a oírle reír. Asomó ligeramente los ojillos por encima del saco.

—No se me ha visto nada, ¿no?

—¿Te refieres a las tetas? ¡Claro que se te han visto! Y te aseguro que a mí no se me van a olvidar —susurró con una media sonrisa.

—¡Venga ya! —grité incorporándome—. ¿En serio se me han visto?

—Joder, no me pidas que te las describa, que soy un tío...

Ahora no solo estaba muerta de la vergüenza, sino que me estaban subiendo unos calores por las mejillas que imaginé que estaba roja como un tomate.

—Mierda, mierda y mierda —golpeé el saco con las manos—; si es que soy una jodida inconsciente. No tenía bastante con estar hecha una piltrafa por Gael que encima me dedico al exhibicionismo, en un pueblo que no conozco, ante los amigos del novio de mi amiga. Joder, Naira, te has lucido.

—Que no.

—¿Que no qué?

—Que no se te ha visto nada.

—¿Cómo?

Salí del saco como una exhalación para ponerme a horcajadas sobre él y empezar a darle puñetazos por todas las partes de cuerpo que podía y me dejaba, mientras él se carcajeaba e intentaba cogerme de las muñecas.

—¡Serás cabrón! ¡Por un momento he pensado que hasta los pájaros me habían visto las tetas!

Él no podía articular palabra de la risa que tenía. Al final me agarró de las muñecas y, no me preguntes cómo, pero acabó sobre mí.

—Lo siento, lo siento. Pero es que solo por ver la cara que has puesto valía la pena la broma.

—Eres un... Uff, no me salen ni las palabras —resoplé.

Tras el momento tan eufórico que acabábamos de vivir, me vi con las muñecas sobre la cabeza mientras sentía nuestras respiraciones agitadas. ¿Cómo coño habíamos llegado a esa postura? Nos miramos fijamente, dejamos de reírnos y pasamos a mirarnos de un modo que, ya os aseguro yo, no era para nada de solo amigos. Tragué saliva y, por un momento, pensé en lanzarme y besarle. Tenía una boca preciosa. Era guapo, simpático y, sinceramente, también quería joder a Gael y pagarle con la misma moneda. Pero no podía utilizar a Rubén; sería muy desafortunado y cruel por mi parte, después de lo bien que se estaba portando conmigo. Y mientras me debatía entre mi ángel y mi diablo, fue él quien me besó. Y yo, aunque sorprendida, le correspondí.

Empezamos a besarnos con lentitud; probamos nuestros labios con delicadeza, quizá esperando a que uno de los dos se separara, pero ninguno lo hizo. Su boca era carnosa y me besaba con una dulzura extrema. Pero luego los besos pasaron a ser más húmedos y sensuales. Rubén posó su mano en mi mejilla mientras con la otra seguía sujetándome. Yo me movía debajo de él; quería tocarle y descubrir su cuerpo con mis manos.

Pero, de repente, como un rayo que atraviesa el cielo con su luz cegadora, la cordura llegó a mi cabeza y me separé. Él, como un resorte, se apartó.

—Joder, lo siento, Naira. Perdóname —dijo mientras se sentaba sobre su saco y se tocaba el pelo.

—No pasa nada —respondí, incorporándome también en el mío mientras me hacía una coleta.

—Me acabas de contar lo de tu ex y ahora voy yo y...

—No, no, no. De verdad que no pasa nada. Yo tampoco me he apartado.

—Vas a pensar que he ido a pillarte con la guardia baja.

—Rubén, no voy a pensarlo, en serio. Son cosas que pasan y ya está.

Nos quedamos unos segundos en silencio, cortados, nerviosos e intentando recobrar la serenidad que habíamos perdido en ese amago de pasión.

—Eh..., creo que voy a salir a tomar un poco el aire —dijo Rubén mientras se acercaba de rodillas a la puerta.

—Claro —asentí tímida, sin mirarle a los ojos.

—Ahora vengo.

Y se marchó, bajando la cremallera al salir. Joder, Naira, ¿qué coño has hecho? No me valía con la movida con Gael que ahora me metía en otro jardín más, del que a saber cómo salía. Evidentemente, me había dejado llevar por la atracción del momento, y yo ya no tenía pareja; podía hacer lo que me diera la gana sin dar explicaciones a nadie. Pero entonces, ¿por qué me sentía tan mal? Tenía la sensación de haber engañado a Gael, cuando el que lo había hecho, y estando juntos, había sido él.

Jodida conciencia; podía dejarme en paz un ratito para poder disfrutar del momento. Mi ángel y mi diablo conversaban con tal fuerza que llegó un momento en el que dejé de escucharles. Hablaban ya sin tenerme en cuenta y me convertí en una mera espectadora de los pros y los contras de haber tenido algo con Rubén. En realidad, había sido solo un beso, pero claro, a mí me había parecido casi un noviazgo debido a su intensidad. No sabía exactamente el tiempo que había durado nuestro acercamiento, por llamarlo de alguna manera, pero yo lo había percibido largo y muy placentero. Me gustó y lo disfruté.

Me volví a meter en el saco y, dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir, me quedé dormida sin que Rubén hubiera vuelto aún.

88

GAEL



Estoy destrozado; no sé qué hacer para que todo vuelva a ser como antes entre Naira y yo. La situación actual entre nosotros ha acarreado que mi vida se haya desestabilizado y haya perdido toda la felicidad que sentía.

Ahora, tumbado en mi cama mientras fumo un cigarro, me pregunto por qué lo hice tan mal. Soy un puto gilipollas. Debí haber pensado antes en las consecuencias, pero entonces quizá no habría disfrutado tanto como lo hice. Si hubiera dejado a Úrsula cuando conocí a Naira, todo habría sido más fácil, aunque a lo mejor ella no hubiera esperado a que yo dejara de tener pareja, en la distancia, pero pareja al fin y al cabo.

Quiero a Naira, lo sé; ahora mismo es lo que tengo más claro. La quise desde el primer día que la vi, cuando se coló en mi despacho de la discoteca. Tan bonita y con ese carácter que en su momento me sacó de mis casillas, pero que dejó huella en mí.

Sabía que era una chica que me engancharía y me llevaría de calle. Su personalidad era arrolladora, aunque ella pensara lo contrario. Pero lo que no sabía era que me iba a enamorar de ella hasta los huesos tan pronto.

Era evidente que Úrsula algún día volvería, pero no supe adelantarme y hablarlo con Naira antes de que ella regresara. Y la verdad es que no sabía que haría su aparición estelar en la fiesta de mis padres; si no, ¿por qué coño iba yo a haber invitado a Naira a ser mi acompañante? He podido ser un cabrón, pero, aunque no parezca creíble, yo jamás he querido hacerle daño, y verme con Úrsula se lo ha hecho, y mucho. Soy consciente de que la he herido tanto que me da pánico no volver a verla.

Cierto es que mi madre también ha colaborado un poco en todo este embrollo, y que conste que yo en ningún caso quiero justificarme, pero sabía que Naira no le había caído bien, y menos cuando me vio besarla en mi piso poco antes de que se marchara. Mi madre sabía que lo de Úrsula y yo hacía tiempo que no funcionaba. Pero, en su opinión, era la mujer perfecta para mí: educada, formada, de muy buena

familia (eso era un punto importante) y que no había dado ningún escándalo en su vida privada.

Una de las razones por las que se marchó a estudiar fuera fue porque necesitábamos poner un poco de distancia entre nosotros. Y la verdad es que eso hizo que la cosa se enfriara aún más. Seguíamos hablando por teléfono a menudo, pero en nuestras conversaciones ya quedaba poco de amor y mucho de cariño y amistad. Y lo peor de todo es que ambos lo sabíamos, pero ninguno daba el paso de decir: esto no funciona. Así que, a la vista de todos, y ante nosotros mismos, estábamos juntos.

Debí pensarlo todo antes. Cuando Naira y yo dijimos sin palabras que queríamos ser algo más, debí contarle que había otra persona. Pero me entró pánico solo de pensar que se arrepintiera y se marchara.

Ahora no quiere ni verme, y con razón. Llegué a sentir que el corazón se me partía en dos cuando, mirándola directamente a los ojos delante de mi casa, y con los suyos a punto de estallar, tuve que reconocerle que mi madre no había mentido.

Jamás en mi vida había tenido esa sensación de dolor y vacío.

A veces pienso que debería tirar la toalla y dejarla que siga su vida sin mí. No volver a hacerla sufrir, pero creo en nosotros, creo en nuestro amor, y quiero luchar con todas mis fuerzas hasta que por lo menos me escuche y poder decirle que entre Úrsula y yo ya no hay nada. Que lo hubo, sí. Que lo hice mal, también, pero que lo que quiero ahora es luchar por lo que queda, avivar las cenizas que seguramente quedan en su corazón. Porque mi llama sigue viva.

Quiero descubrir qué es aquello que tanto la atormenta; su mirada no era del todo feliz cuando la conocí. Y esos miedos y esa desconfianza que mostraba en nuestra relación, sobre todo al principio, me preocupan. Pero no quise agobiarla con preguntas; estaba claro que lo que necesitaba era tiempo, y se lo he dado. Aunque me temo que ahora la desconfianza será hacia mí y jamás me contará lo que le ocurrió.

Pero si hay algo que tengo claro es que ha tenido que vivir algo desagradable con algún chico que la ha marcado. Y ojalá volvamos a estar juntos para poder ayudarla y no permitir que nadie le vuelva a hacer daño jamás.



—¡Vamos, dormilona!

Esas palabras y notar que alguien se me tiraba encima fue lo primero que oí y vi cuando me desperté por la mañana. Bueno, no me desperté, me despertaron.

Abrí el ojo y tenía a Cloe sobre mí, con una sonrisa de oreja a oreja, y a Noe sentada en su saco, en el que, en teoría, había dormido Rubén. Había descansado del tirón, así que no tenía claro que él hubiera dormido conmigo después de lo que pasó. Recordarle hizo que me ruborizara.

Me incorporé con torpeza, con los ojos aún medio cerrados y con un dolor de cabeza que me taladraba de un lado a otro. De hecho, me puse la mano en la frente a ver si así, por fuerza divina, conseguía que se me pasara.

—¡Cuéntanoslo todo! —dijo Noe.

—Precisamente yo soy la que tiene menos que contar, eso seguro —respondí, frotándome la cara—. Un café, necesito un café en vena.

—¡Deja el café ahora y cuéntanos qué ha pasado con Rubén! —inquirió Cloe.

—¿Qué va a pasar? ¡Nada! ¿En serio creéis que podría pasar algo? Pregúntale a Noe por qué Rubén ha estado aquí; nadie mejor que ella te lo puede explicar. Rubén ha dormido aquí, o al menos eso creo, porque le dejaron tirado. Y me dio pena que durmiera en el bosque.

Las dos se miraron sonriendo.

—Ya me lo ha contado.

—Bueno, y te lo pasarías bien por lo menos, ¿no? —le pregunté a Noe.

—¡Uf, sí! Ese tío es una máquina en la cama; bueno, sería más correcto decir que lo es sobre el saco —se carcajeó.

—¿Y tú, Cloe? También tuviste sexo, ¿no? —le pregunté.

—La verdad..., poco —respondió sin mucho ánimo.

—¿Poco?

—Sí, un polvo bastante gris y a dormir.

Noe y yo nos miramos, sin entender muy bien qué pasaba. ¡Era el cumpleaños de su chico! Bebida, gente joven, fiesta hasta las tantas...; todo apuntaba a una noche de sexo apasionado y salvaje. O, al menos, eso pensaba yo. Pero por lo visto me equivocaba.

—¿Y eso? ¿Tan borracho estaba que no se le levantaba? —preguntó Noe.

—Sería eso —respondió con timidez.

Uy..., aquí había algo que mi amiga no nos quería contar, estaba claro. Solo había que leer entre líneas.

—Total, que la única que no pilló fui yo..., como siempre —dije para quitar tensión a la conversación.

—Porque no quisiste —contestó Noe con un guiño—, pero que no te digo nada, ¿eh? Es totalmente normal después de lo de Gael. ¿Has vuelto a saber de él?

—Sí. Ayer le cogí el teléfono.

Las dos se acercaron más a mí, como mostrando más interés en la conversación.

—Y ¿qué le dijiste?

—Más bien qué me dijo él; yo no hablé. No tuve fuerzas.

Las dos me miraban atentas, esperando a que les contara todo.

—Me repitió varias veces que le dejara hablar conmigo, que me quería dar una explicación... No sé, recuerdo todo un poco confuso.

—¿Y tú quieres que te la dé? —preguntó Cloe.

—¿La explicación?

—Sí.

—No lo sé, chicas. Es que, por un lado, me muero por saber por qué coño me hizo esto, porque mi cabeza no es capaz de entenderlo y está a punto de explotarme de tanto darle vueltas. Pero, por otro, le odio tanto que no quiero verle ni en foto. Menuda mierda.

—Es totalmente normal que te sientas así, nena. Ha sido una decepción para todas, pero en especial para ti. Es lógico que tengas tantas dudas.

—Y ¿qué hago? —les pregunté mientras mis palabras escondían una súplica.

—Lo que quieras hacer, Nai —contestó Cloe—. ¿Quieres saber nuestra opinión?

—¡Claro! —Junté las palmas como un ruego.

—A ver, nosotras lo hemos hablado —miró a Noe, que asintió— y, viéndote como te vemos, pensamos que te vendría bien una explicación por su parte, pero sobre todo para que te quites de la cabeza la idea de que tú has podido tener algo de culpa. Cómo se sienta él nos importa bastante poco, la verdad, porque quien nos interesa eres tú, pero quizá te podrá aclarar un poco la cabeza.

Las miré sin decir nada; creo que temían mi reacción al haberme dicho que habían hablado del tema sin estar yo presente, pero, qué coño, eran mis mejores amigas y querían lo mejor para mí. Era normal que hablaran del tema; yo habría hecho lo

mismo. De hecho, lo hice cuando Noe tuvo el problema con su madre; Cloe y yo hablamos con el fin de poder ayudarla.

—Gracias, chicas, de verdad. Lo pensaré. No es fácil que de la noche a la mañana te den esa hostia emocional. Me siento como si tuviera algo en la garganta que no me dejara digerirlo. Os quiero un montón, de verdad.

Y nos dimos un abrazo a tres que me reconfortó muchísimo.

—¿Vamos a tomarnos un café? —preguntó Noe.

—Sí, pero antes quería deciros una cosa —dije tocándome nerviosa la nuca—. Eh..., a ver, Rubén y yo nos besamos ayer aquí.

Esperé sus reacciones con los ojos entrecerrados y una sonrisa tímida.

—¡Serás perra! —No me esperaba otra cosa por parte de Noe.

—¡Qué dices! ¡Eres una pedorra! —Misma reacción de Cloe.

Les conté mi borrachera, mi exhibicionismo (o, al menos, lo que recordaba de él) y el magreo que nos dimos en la tienda de campaña. Las tres acabamos riéndonos sin parar. Y eso era lo que verdaderamente me hacía falta.



Cuando salimos de la tienda de campaña, me tuve que poner las gafas de sol porque su reflejo me cegó. No tenía ni idea de qué hora era, pero la verdad es que me daba igual. El estómago me pedía algo sólido y una inyección de cafeína antes de que cayera desfallecida. Me arrepentí de no haber cogido analgésicos, aunque tampoco me imaginaba que acabaría bebiéndome hasta el agua de los floreros. Nota mental: comprar una caja y dejarla en la mochila.

Nos dirigimos a la misma mesa donde el día anterior me había provisionado bien de alcohol, pero ahora el paisaje era muy distinto: lo que allí había eran termos de café, cosa que agradecí, porque con el lío que tenía en la cabeza, lo mismo a esas horas me habría tirado a por un tercio de cerveza.

Nos tomamos un café con unas magdalenas. Bueno, los bollos solo Noe y yo; Cloe dijo que le dolía el estómago y prefirió solo el café. Después volvimos a las tiendas de campaña a ponernos el biquini para bañarnos un rato en el lago. La verdad era que el día acompañaba y me ayudaría a que la resaca pasara más rápido.

Me puse un biquini rojo, con la parte del pecho en forma de triángulo y la braguita de lazo en las caderas. Nada más salir vi a Cloe con un bañador negro; ¿era yo o cada vez estaba más delgada? Joder, eso estaba empezando a mosquearme, pero ¿cómo le entraba y le preguntaba que qué coño le pasaba para estar adelgazando a esa velocidad? Hablaría primero con Noe, a ver cómo enfocábamos el tema.

Cloe me esperaba mientras miraba su móvil con una sonrisa en los labios.

—Un céntimo por tus pensamientos —dije.

Se sobresaltó. Por lo visto, estaba tan centrada en lo que estuviera viendo que ni me había oído llegar.

—Joder, me has asustado —dijo riéndose y guardando con rapidez el teléfono.

—¿Con quién hablabas?

—Ehh..., con mi madre —titubeó.

—Ya, claro, y yo me chupo el dedo, cariño. Confiesa. ¿Quién es él?

—¿Él? —Me miró extrañada.

—Sí, él. A ver, Cloe, nos conocemos desde hace tantos años que he aprendido a descifrar tus sonrisas, y esa era de «me pongo colorada con lo que este chico me está escribiendo» —le dije alzando las cejas.

Cogió aire y lo expulsó lentamente mientras sonreía con cara de circunstancias.

—Vale, me acaba de quedar más que claro que con vosotras no puedo fingir. Era Hugo —confesó.

—Joder, cómo lo sabía. O yo soy muy lista o tú eres un libro abierto, pero ya el otro día, cuando me trajo la carta, vi miraditas entre vosotros que me dieron que pensar.

—¿Sí? ¡Qué va! Somos solo amigos, pero me cae muy bien —respondió nerviosa.

—Sí, ya; si es un amor de chico, no te digo que no, pero tú sientes algo más. Se te nota.

—Qué va. —Bajó la mirada.

—Cloe, mírame. —Volvió a alzarla—. A mí no me tienes que engañar; al revés, puedes contarme todo lo que sientas, y a Noe también. Estamos aquí para apoyarte, no para juzgarte, ¿vale?

—Gracias, mi niña.

Y me dio un abrazo. En ese momento apareció la tercera unicornia y se unió a nuestro achuchón.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Luego te contamos. Vamos ahora a darnos un bañito, ¿vale? —respondí.

—¡Hecho!

Y las tres saltamos al agua a la vez. ¡Qué fría estaba, pero qué bien sentaba! No había visto aún a Rubén, y la verdad es que me daba un poco de vergüenza encontrármelo después de lo que había pasado la noche anterior, y no me refiero solo al beso, sino también por haber sido una jodida loca al quedarme medio en pelotas en el lago, borracha y totalmente desinhibida.

Rubén se portó fenomenal conmigo y lo menos que podía hacer era buscarle para darle las gracias por todo. Por lo visto, lo de que el alcohol desinhibía no era una leyenda urbana, porque, en un estado normal, sin que dieran positivo en un control de alcoholemia hasta mis bragas, no me hubiera comportado nunca así.

Nos bañamos las tres juntas y enseguida se acercó Raúl para besar a su novia. Agus apareció de debajo del agua tras hacer cosquillas a Noe y yo miré a mi alrededor en busca de Rubén, pero no lo vi y reconozco que me decepcionó un poco. Casi todos los del cumpleaños estábamos en el agua, pero ni rastro de él.

Salí del agua sola; mis amigas y los chicos se quedaron dentro. Extendí mi toalla sobre una piedra, cerca de la orilla, y me tumbé. Tomaría un poco el sol y me relajaría un rato. Me puse las gafas, cerré los ojos y me dejé llevar por la suave brisa que corría cerca del agua. Qué sensación más agradable.

—Buenos días, dormilona. Me alegro de que hoy vayas vestida.

Supe que era Rubén nada más oír la primera palabra y sonreí.

—Buenos días a ti también —dije incorporándome.

—¿Puedo? —Señaló mi toalla—. ¿O vas a desnudarte de nuevo y voy a tener que volver a lanzarme al agua? —bromeó.

—Anda, calla y siéntate. Aunque no lo creas, no me siento nada orgullosa de lo que hice.

—Ah, pues a mí me pareció muy divertido —respondió, dándome un suave golpecito con el hombro.

—Divertido para ti. Yo, ahora que lo pienso, me muero de la vergüenza.

—¿Por eso no te quitas las gafas de sol para mirarme?

—Pues mira, una de las razones es esa, y otra, porque parezco un oso panda con las ojeras que tengo.

—Venga ya, no será para tanto.

—Uy, sí lo es, sí.

Se empezó a reír y acabó contagiándome.

—Bueno, y ¿qué tal la resaca? —me preguntó.

—Ahí la llevo. Mejor que cuando me he despertado, que, por cierto, no estabas.

—Me levanté pronto. No hice ruido para no despertarte. Estabas como un tronco.

—Sí, he dormido muy bien. Tampoco te vi volver anoche.

—Ya. —Bajó la cabeza—. Salí a despejarme un poco.

—Entiendo.

¡Alerta! ¡Alerta! Estábamos entrando en una parte de la conversación un poco pantanosa; mejor cambiar de tema.

—¿Has hablado con él? —preguntó, mirando hacia el lago.

—¿Con quién?

—Con el capullo.

—¡Ah! No, qué va. Ni siquiera he mirado el móvil para evitar tentaciones.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas a Madrid?

—La verdad es que no lo sé. Y, si quieres que te sea sincera, prefiero no pensarlo. Voy a disfrutar del momento, de lo que esté pasando ahora, porque si no, lo voy a pasar fatal. Y aunque suene pretencioso, creo que no me lo merezco.

—Estoy seguro de que no te lo mereces. Y que vivas el momento me parece una idea estupenda. ¿Un bañito? —dijo levantándose y tendiéndome la mano.

Sonreí.

—Claro, por qué no.



Pasamos el día entre baños y risas, muchas risas. Raúl, Agus y Rubén eran muy buenos amigos, así que estuvimos prácticamente toda la jornada los seis juntos de un lado para otro. A ver, no es que me hubiera olvidado de Gael de la noche a la mañana —es más, ojalá lo hubiera podido hacer, porque me habría encantado hacerlo el día que el mundo se me cayó encima—, pero no podía estar fustigándome todo el rato por algo que debía dejar reposar.

Claro que me moría por verle, por besarle, por abrazarle y por gritar a los cuatro vientos que le perdonaba, sin saber siquiera qué era lo que había ocurrido con aquella chica. Pero también tenía dignidad, y eso podía más que tirarme a sus pies.

Estaba muy dolida. Todavía podía sentir como mi corazón latía más lento desde ese día, ya no funcionaba como siempre; ahora se había vuelto defectuoso porque Gael me lo había arrancado y pisado y luego lo había vuelto a colocar donde estaba. Y un corazón así no podría volver a latir nunca al mismo ritmo.

Por la noche, preparamos una barbacoa entre todos, nos sentamos en el suelo y cenamos entre juegos y risas.

A un lado tenía a Noe y al otro a Cloe. La verdad es que nos lo pasamos muy bien; nos pusimos unos minis de cerveza y jugamos a yo nunca: una decía algo que nunca había hecho y, si las otras ya lo habíamos hecho, bebíamos. La cosa se nos fue de las manos y dejamos de beber antes de acabar en el hospital más cercano con un coma etílico.

A un par de metros de distancia de nosotras estaba Rubén con sus amigos. Reía a carcajadas con ellos y la verdad es que no podía evitar mirarle de vez en cuando. ¿Era el efecto de la cerveza o ese chico había llamado mi atención más de lo que me hubiera gustado? A ver, que a Gael lo tenía tatuado en mi corazón; no es que se me hubiera olvidado que me había engañado como a una jodida pringada, aunque lo mismo era por despecho o yo qué sé, pero Rubén me hacía sentirme bien. Lo mismo era justo lo que necesitaba y él estaba en el momento justo y en el sitio adecuado.

No le había preguntado si tenía novia, porque yo no iba con esas intenciones, pero de repente se me había despertado la curiosidad. Y pensar que la tuviera me pinchaba un pelín en el estómago. Llamadme caprichosa, pero es que estaba siendo tan bueno conmigo que había convertido un plan que, en principio, no pintaba bien en un fin de semana necesario en ese momento.

Varias veces que le miré por el rabillo del ojo coincidió que él estaba haciendo lo mismo, y espontáneamente nos sonreímos. Cuidado, Naira, pisa el freno, que eres muy emocional y enseguida ves cosas donde no las hay.

—Chicas, voy a por algo de beber.

Me levanté con cuidado, más que nada por si me mareaba, aunque había cenado bien por si acaso. Esa noche no me iba a pasar lo mismo que el día anterior.

Llevaba un vestido blanco ibicenco de tirantes, que me llegaba un poco por encima de las rodillas, y con escote de pico. Y debajo, el biquini. Chica previsora valía por mil.

Me acerqué a la mesa donde estaba la bebida y, aunque pareciera raro, no había nadie. Dudé en qué prepararme, pero al final decidí que quizá lo mejor era que me tomara un refresco; mi hígado y mi reputación lo agradecerían.

Cogí un vaso de plástico y una lata de naranja.

—¿Un refresco? —oí a mi lado una voz masculina más que conocida.

—¿Te sorprende? —respondí sin mirarle.

—¿Debería?

—Si te sorprendiera, me preocuparía de la imagen que he dado de mí en un solo día.

Rubén sonrió.

—Tranquila —me susurró al oído—, sé que eres buena chica. Todos tenemos épocas mejores y peores.

Oírle tan cerca me erizó la piel.

—No sabes cuánto me alegra saber eso. Pensé que me tomabas por una chica enganchada a la bebida —bromeé.

—Llegué a dudarlo, no creas... —vaciló.

—¡Venga ya! —respondí riéndome y dándole en el brazo, que tensó al ver mis intenciones.

—Así que hoy con el biquini debajo, ¿eh? No sé si decirte que me alegro. Lo de ayer fue divertido.

—Para ti, no te jode... Recordaré el cumpleaños de Raúl de por vida.

—Y yo —dijo mirándome más serio.

¿Era solo yo la que pensaba que estábamos tonteando? Me estaban poniendo un poco nerviosa sus comentarios, pero en el buen sentido, como si alguna diminuta mariposilla empezara a revolotear. Tenía que parar esto antes de que me arrepintiera.

—¿Vamos con el resto? —le invité.

—Claro, vamos.

Yo me reuní de nuevo con mis amigas y él, con Raúl. La cosa se fue animando y la música empezó a sonar a tope. A diferencia del día anterior, sí que me apetecía bailar y disfrutar de la noche.

Las tres unicornias bailamos como locas, sin parar durante un rato. Raúl se acercaba de vez en cuando, Agus se unió a nuestro grupo y Rubén estuvo mucho tiempo hablando con sus amigos en un lateral. Pero nuestras miradas se cruzaban constantemente y fui consciente de que algunos de mis movimientos iban dirigidos a él. Sabía que me observaba. Pero ¿qué coño me estaba pasando? ¿Qué tenía ese chico que me atraía tanto?

Noe me trajo una cerveza y me la bebí al ritmo de la música. Sonaba *Love looks like* y yo daba vueltas sobre mí misma con los ojos cerrados, disfrutando. Y digo DISFRUTANDO porque casi creí entrar en éxtasis. Por un momento me olvidé de todo y de todos. En ese instante, era solo yo y nadie más.

Hacía mucho tiempo, desde que pasó lo de Mora, que no me sentía tan libre. No necesitaba nada; tenía una sensación de libertad muy placentera. Daba tragos a la bebida sin abrir los ojos, a tientas, pero sabiendo que acertaría. Esa noche dejé el móvil en la tienda. Quería sentirme libre.

Mientras disfrutaba de mi momento, sentí un ligero roce en la mano por detrás; alguien estaba entrelazando mi dedo meñique con el suyo. De fondo se escuchaba a Rihanna, pero en mi banda sonora particular sonaban las palabras *say something*, de *A great big world*, un balada espectacular donde las haya.

Le cogí el dedo de forma espontánea. Sabía que era Rubén, no me cabía la menor duda, y sin abrir los ojos sonreí. Me cogió la mano entera, me dio la vuelta despacio y acercó su cuerpo al mío, al tiempo que me cogía por la cintura.

Me dejé llevar y apoyé mi cabeza en su hombro. Él hizo lo mismo. Y en un susurro me dijo:

—Gracias por este fin de semana.

Sonreí y musité:

—Gracias a ti por hacerme ver que la vida sigue.

Y continuamos bailando como si estuviéramos solos en la improvisada pista de baile. Nos movimos al ritmo de una música que no era la que sonaba a través de los altavoces. Era otra, más lenta, que solo escuchábamos él y yo.

—Sabes que no me arrepiento de nada de lo que pasó ayer en la tienda, ¿verdad?
—volvió a susurrarme con voz masculina.

La boca se me secó.

—Yo tampoco —me lancé.

—¿Y si te digo que me muero por volver a besarte?

Cogí aire. Y ahora ¿qué hacía? ¿Me dejaba llevar o guardaba luto por Gael? Mi cabeza me decía que no, que era demasiado pronto para todo lo que estuviera relacionado con chicos, pero mi corazón me indicaba todo lo contrario. ¿A quién hacía caso de los dos? No había mucho tiempo para la reflexión, así que era ahora o nunca.

—Hazlo —susurré.

Muy bien, Naira, de cabeza y sin frenos. A ver cómo termina esto...

Se separó y se quedó a pocos centímetros de mi boca. Me miraba desconcertado, como pidiendo permiso, aunque mi voz ya se lo hubiera dado.

Me humedecí ligeramente los labios mientras observaba su reacción. Y, de repente, se lanzó a mi boca para devorarla sin contemplaciones. Yo le agarré por la nuca y le correspondí; no sentí ningún tipo de remordimiento. No tenía ni la menor idea de si había mucha o poca gente mirándonos, pero, por un momento, me dio todo igual. *Carpe diem*. Solo tenía dieciocho años y la vida seguía.



Pasamos el resto de la noche entre besos y flirteos, disfrutando de la fiesta. Mis amigas, al ver el panorama, me cogieron por banda y me dieron un abrazo. No me hizo falta nada más para saber que estaban conmigo.

Rubén y yo nos bañamos junto a unas rocas escondidas, alejados del resto de la gente, y nos besamos hasta dejar de sentir los labios. Fue supercariñoso y respetuoso conmigo, y eso hizo que me sintiera todavía más a gusto con él. No intentó hacer nada que pudiera incomodarme.

Sentados en el suelo junto a un árbol, nos cubrimos con una toalla y nos reímos al recordar mi espontáneo medio *striptease* en el lago.

—Por un momento llegué a pensar que me tendría que dar de hostias con alguno —bromeó.

—Anda, qué exagerado.

—No, no, de exagerado nada. No veas cómo empezaron algunos a nadar hacia ti al verte tan... —se quedó pensando la palabra— receptiva.

—Joder, qué vergüenza.

—Tranquila, todos nos hemos despelotado delante de gente que no conocemos alguna vez en nuestra vida —vaciló.

—¡Venga ya! ¡No te rías de mí!

Rubén empezó a carcajearse y yo, poniéndome a horcajas sobre él, le di un pequeño mordisco en el hombro.

—¡Au! —gritó.

—Eso para que te vuelvas a reír de mí —respondí con autosuficiencia.

—Te vas a enterar.

Y empezamos una guerra de suaves mordisquitos que me hicieron ver que no había nada malo en pasárselo bien y vivir el momento.

Se hizo tarde y todos decidimos irnos a dormir. Noe se acercó a mí haciendo un mohín y me dijo que Agus le había propuesto que pasara la noche con él, pero que no haría nada sin consultarme antes. Qué bonita era.

—Noe, no tienes que pedirme permiso. Pasa la noche con él y disfruta —respondí cogiéndola de las manos.

—Ya, nena, pero tampoco quiero que Rubén piense que te lo vas a trincar esta noche.

—¿Ah, no? —me reí.

—¿Ah, sí? —se sorprendió.

—¡No, no! Una cosa es unos besos y otra dar un paso más. A mí me ha venido muy bien esto, pero hasta aquí. Tranquila, tú no te preocupes por mí, porque sé que Rubén lo entenderá.

—¿Segura?

—Segurísima. Además, ante cualquier imprevisto, me planto donde tú estés y te corto el polvo.

Las dos soltamos una carcajada.

—Eso, tú dame un grito y me planto aquí en un segundo.

Cloe ya se había marchado con Raúl hacía un rato. Tenían que aprovechar la última noche juntos antes de que nos marcháramos de nuevo a Madrid.

Me dirigí a mi tienda de campaña y, según estaba entrando, sentí que me agarraban con delicadeza por la cintura. Di un respingo, aunque sabía de sobra quién era.

—Hola de nuevo —dijo dándome un beso en el cuello.

—Hola —sonreí.

—Me he encontrado con Noe al venir y me ha dicho que hoy me cede de nuevo su saco, tras tu consentimiento, claro.

—¿Eso te ha dicho? Qué cabrona.

—Sí, y que como te toque un pelo me corta las pelotas.

Solté una carcajada.

—Esa es mi chica. Es mejor que un pitbull —afirmé.

—Ni que lo digas. Estoy por poner un muro de hormigón entre tu saco y el mío, por si acaso. Lo mismo ha dejado cámaras ocultas por todas partes o te ha conectado un dispositivo que da descargas eléctricas cuando te rozan.

Volví a reírme con ganas.

—¿Te imaginas? —dije.

—La verdad es que prefiero no hacerlo —rio también.

—Tú, por si acaso, ten cuidado y piensa en ella —bromeé.

—¿Más que en ti?

—Mmm..., no —arrugué la nariz—, más que en mí, no.

Y le di un suave beso en los labios.

Tras ponernos el pijama (repetí lo de dejarme el sujetador puesto), nos tumbamos cada uno sobre su saco. Bueno, en el caso de Rubén, se tumbó sobre el de Noe. Nos miramos de frente con una sonrisa tonta.

—¿De qué te ríes? —pregunté en un susurro.

—De nada. ¿Y tú?

—No sé..., ¿no te parece un poco incómoda la situación? —entrecerré los ojos.

—Bueno —suspiró—, según se mire. Si nos fijamos en lo que hacemos ahora mismo, no me parece para nada incómoda, al contrario. Si pensamos en lo que ha pasado esta tarde y la carga emocional que arrastras, sí me lo parece, además de complicado.

Bajé la mirada.

—¡Eh!, que no es culpa tuya —dijo.

—No quiero que pienses que te estoy utilizando como venganza.

—No lo hago.

—Todo lo que ha pasado ha estado muy bien, y lo he hecho porque me apetecía y porque me haces sentir muy a gusto.

—Tú también.

—Pero me sabe fatal tenerte que decir que no puedo dar un paso más.

—Eh eh eh... —susurró, medio incorporándose y pasándome la mano por la mejilla—, no tienes que justificarte para nada, Naira. Sé lo que hay, me has contado por lo que estás pasando, y te prometo que no venía en ningún caso con esa intención. Te lo aseguro.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Rubén, de verdad.

—¿Sabes? Me gustaría mucho volver a verte en Madrid.

Sonreí.

—¿No te da miedo que de repente me ponga en pelotas en mitad de la Gran Vía?

Soltó una carcajada.

—Hombre, prefiero estar contigo para taparte si lo haces.

—O para desnudarte conmigo.

Joder, ¿he dicho para desnudarse conmigo? Abrí los ojos como platos; no quería que me malinterpretara. Naira, te estás cubriendo de gloria, bonita.

—Lo de desnudarnos juntos lo dejamos para un lugar más privado, ¿no te parece? —respondió pícaramente, consciente de mi apuro.

—Madre mía, si es que calladita estoy más mona. Cada vez que abro la boca sube el pan.

—A mí me encanta esa espontaneidad tan... tuya. Mucho mejor eso a que seas una chica cuadrículada que no sabe reaccionar ante un mínimo cambio en su vida.

Sonreí.

—Bueno, y entonces —continuó—, ¿te apetece que algún día nos veamos en Madrid? En principio vestidos, si te parece —guiñó un ojo.

—Claro que sí. Apúntate mi número de teléfono y seguimos en contacto. ¿Quieres?

—Por supuesto —asintió.

Nos dimos los números de teléfono y empezó a vacilarme mandándome mensajes.

—Pero ¿qué haces? —dije entre risas.

—Comprobar que me has dado tu número y no uno falso para perderme de vista.

—¿Sí? ¿En serio crees que soy así? Pero qué malo eres, ¿eh?

—¡Qué va! Es que me encanta verte así, sonreír. ¿Puedo decirte algo?

—Cuando me lo preguntas es que lo que vas a decir es incómodo.

—Una percepción, nada más.

—Dispara.

—Cuando te vi por primera vez en Gandía, algo me decía que no estabas bien. Tu mirada era triste, nada que ver con la de ahora. Y actuabas como con... miedo.

Mierda. El corazón me dio un vuelco y noté un sudor frío por la espalda. Esto no me lo esperaba.

Cuando nos conocimos prácticamente acababa de pasar lo de Mora. Evidentemente, mi estado de ánimo no era el mejor, aunque tampoco ahora lo era, pero por motivos muy diferentes. Mora había intentado abusar de mí y me tenía cogida, porque, si hablaba, su padre despediría al mío. Así que debía guardar el secreto hasta la tumba.

Pero esto no podía contárselo a Rubén así como así; tenía que inventarme algo y salir de esta como pudiera.

—Eh..., bueno, mi padre había estado en el paro, acabamos la selectividad... En realidad, estaba agotada.

—Ya, supongo que sería eso.

Era más que evidente que no me había creído. Pero algo tenía que decirle. Él se dio cuenta de que yo no quería seguir hablando del tema y cambió de conversación.

—Mañana, bueno, ya hoy —dijo mirando su reloj—, me iré muy temprano.

—¿Y eso?

—Quiero estar pronto en Madrid. He quedado para entrenar.

—Ah, vale. —La verdad es que me dio lástima que no se quedara más tiempo.

—Lo mismo cuando te despiertes ya no estoy.

Asentí medio sonriendo.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —vacilé.

—Sabes de sobra que no —respondió con voz ronca—. Pasaría uno y mil fines de semana más contigo.

Esa respuesta me sorprendió. Tragué saliva y volví a dar otro giro a la conversación.

—Pues si mañana no te veo, te quiero dar las gracias por hacerme el fin de semana tan bonito.

—Gracias a ti. Lo has hecho *diferente*, para nada previsible, como tú me decías que eras.

Me dio un beso en los labios que sonó a despedida. Apagó la luz que colgaba del techo y susurró un buenas noches; fue lo último que le oí decir porque caí profundamente dormida.



Cuando me desperté, efectivamente Rubén ya se había marchado. Había dejado la esterilla y el saco perfectamente enrollados y colocados en el lateral opuesto al que yo dormía. Me dio pena no despedirme de él por la mañana, pero bueno, viviendo los dos en Madrid, solo sería cuestión de tiempo el volver a vernos.

Aprovechamos hasta el mediodía para darnos unos baños y después recogimos, ya que nuestro autobús salía a las tres de la tarde. Comimos algo allí y ayudamos a limpiar, aunque Raúl nos dijo que no nos preocupáramos, que ya después de comer irían a recogerlo todo lo que vivían allí. Pero nos daba cosa irnos sin hacer nada.

—¿Lo has pasado bien? —me preguntó Raúl mientras íbamos juntos a tirar unas bolsas llenas de basura.

—Sí, muchas gracias por invitarme.

—Rubén es muy buen tío.

—Lo sé. Lo he pasado muy bien con él.

—Menuda casualidad el que os conocierais de antes.

—Ya te digo. Quién me iba a decir que me lo encontraría de nuevo y en tu cumpleaños.

—Ya ves. La vida te da sorpresas, como dice la canción. Y ¿has sabido algo de Gael?

—Sí, me ha llamado varias veces, pero no he tenido fuerzas suficientes para hablar con él.

—Bueno, no te agobies; es cuestión de tiempo.

—Gracias por preguntarme. Voy a recoger la tienda de campaña.

—Perfecto.

En el fondo, Raúl me daba un poco de pena, sabiendo lo que sabía de Hugo y después de ver la reacción de Cloe mientras intercambiaban mensajes. No sé por qué me daba que esta relación parecía estar en crisis.

El novio de Cloe nos despidió en la parada del autobús, tras besar y abrazar con cariño a su novia. No sé si es que ya estaba obsesionada, pero yo no veía la misma disposición por parte de Cloe.

Ya una vez en el autobús, comenzó nuestro resumen del fin de semana. Noe nos contó que con Agus lo había pasado muy bien, pero que sabía que había sido un rollete de verano; no era, según ella, un chico que encajara en su vida.

Yo les relaté lo que había pasado con Rubén, desde que le vi mientras estaba apoyada en el capó del coche de Raúl hasta que nos despedimos con un beso por la noche y con la promesa de vernos en Madrid.

—¿Y Gael? —preguntó Cloe.

—¿Gael? Pues ni yo lo sé. Sé que Rubén ha sido un poco el chico de transición, pero para nada ha sido por venganza; me apetecía de verdad que pasara lo que pasó. Pero evidentemente Gael está dentro de mi cabeza, martilleándome noche y día.

—¿Y por qué no hablas con él? —preguntó Noe—. Creo que te vendría bien, nena. No puedes dejar todo eso enquistado para siempre. En algún momento tendréis que hablar para, por lo menos, que se te quite esa ansiedad.

—Ya... —bajé la vista—, pero si no tengo fuerzas ni para cogerle el teléfono, imaginaos para llamarle y quedar.

—Bueno, tú no te agobies por eso. Ya veremos qué podemos hacer —dijo Noe.

—Y tú, Cloe, ¿qué nos cuentas? —dije.

Noe nos miró, alternando entre una y otra.

—¿Hay algo que yo no sepa, pedorras?

—Bueno, no sé si es importante, pero hay algo que me preocupa —confesó Cloe.

—Habla, cariño; te escuchamos —dije.

—Creo que no os digo nada nuevo si os cuento que la cosa con Raúl se está enfriando un poco.

—Diste alguna pista ayer con que habíais echado un polvo ¿gris? Fue esa la palabra, ¿verdad? —preguntó Noe.

—Sí, esa fue —afirmé.

—Pues eso, que la cosa está regular.

—Pero ¿os ha pasado algo? —pregunté.

—Nada en particular, pero empiezo a verle solo como un amigo. Supongo que la distancia también tiene mucho que ver. Nos llevamos bien, congeniamos, pero como que la chispa... se ha apagado.

—A ver, Cloe, no te precipites —dijo Noe—. Lo mismo es una mala racha.

Pero yo sabía que no solo era eso; Hugo tenía mucho que ver en el asunto, aunque no iba a ser yo la que lo confesara.

—Puede ser, Noe, pero hay algo más —suspiró Cloe.

Noe la miró preocupada, mientras que mi gesto no varió. Ahora venía la bomba.

—Creo que estoy empezando a sentir algo por otro chico.

—¡Toma ya! ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¿Y puedo saber quién? ¿Lo conozco?

—Lo conocemos —respondí.

—¿Tú ya lo sabías?

—La verdad es que no, pero lo intuía.

—Sorprendedme.

—Es Hugo —confesó Cloe.

—¿Hugo? ¿El de Gael?

—El mismo —afirmé.

—Joder, pues mal gusto no tienes, ¿eh, Cloe? Pero ¿te lo has tirado?

—¡Noe! —nos quejamos las dos a la vez.

—¿Qué? Si no lo preguntaba reventaba, coño.

—No, no me lo he tirado. No ha pasado nada, pero nada de nada. Es más, él ni lo sabe.

—Bueno, eso es lo que tú dices —interrumpí—, porque menudos ojitos os ponéis los dos.

—Joder, si es que siempre estoy en Babia, coño; me pierdo todos estos detalles —farfulló Noe—. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues, de momento, relajarme y ver las cosas desde fuera. Sin ninguno de los dos cerca. Y después tomaré alguna decisión.

—Me parece bien, Cloe. Cuenta con nosotras, ¿vale? —la animé.

—Gracias, chicas. Os quiero.

El resto del viaje fuimos las tres dormidas como marmotas. Después de lo poco que habíamos descansado el fin de semana, cualquier sitio era bueno para echar una cabezadita. Creo que hasta soñé con Rubén.

Me desperté porque el móvil empezó a vibrar en el bolsillo del vaquero. Algo aturdida, vi que me habían mandado unos mensajes. Eran de Rubén.

Hola, guapa. ¿Ya habéis llegado a Madrid?

Respondí enseguida tras frotarme los ojos.

Hola, deportista. Estamos aún en el bus. —Miré por la ventana para ver más o menos por dónde íbamos. ¿Os queda mucho?

Pues no sé exactamente dónde estamos, pero según la hora a la que tenemos que llegar, nos quedan unos cuarenta y cinco minutos.

Aún un ratillo.

Sí, ¿qué tal tú?, ¿llegaste bien con la moto?

¡Sí, aunque con un sueño...! Tuve que parar un par de veces para tomarme un café.

Ha sido un finde movidito.

Y que lo digas.

El móvil empezó a sonar; era mi madre. Le dije que la llamaría al salir del pueblo y se me olvidó completamente.

Hablé con ella como unos cinco minutos y volví a retomar la conversación con Rubén, a quien había dejado tirado con la llamada de mi madre. Pero cuando entré en su chat, ya no estaba en línea. Normal, no me iba a esperar toda la vida. Aun así, le escribí.

Perdona, es que me ha llamado mi madre. Hablamos en otro momento. Un beso.

Y cuando fui a volver a guardar el móvil, sonó otro mensaje. Lo abrí pensando que sería la respuesta de Rubén, pero no, esta vez era Gael. Y, por primera vez desde que pasó lo que pasó, leí el mensaje.

Naira, te lo suplico. Por favor te lo pido. Déjame verte.

Seguía en línea; debió de ver por los simbolitos azules de la aplicación que lo acababa de leer, así que insistió.

Naira, estás conectada. Acabas de leerme; déjame que te llame, por favor, solo un minuto, solo te pido un minuto.

Una lágrima me empezó a cubrir la mejilla, así que, con todo el dolor de mi corazón, bloqueé el teléfono y volví a guardármelo en el bolsillo. No podía; aún dolía. Y mucho.



Cuando por fin el autobús aparcó me encontraba algo más tranquila, pero aún llevaba las gafas de sol puestas porque las lágrimas que había derramado por Gael habían dejado huella en mis ojos. Y, en ese momento, no me apetecían preguntas. Tuve que despertar a mis amigas, que seguían dormidas en unas posturas imposibles, con el cuello torcido. Tendrían dolor de cervicales al menos durante una semana.

Nos despedimos con un abrazo y quedamos en vernos un rato al día siguiente. Hoy tocaba jornada de tirarnos en el sofá de casa en pijama y no movernos hasta que el sueño nos obligara a irnos a la cama. Yo no sabía muy bien cómo estarían ellas, pero a mí me parecía que me había pasado un autobús por encima. Es más, después había echado marcha atrás para rematarme.

Me sentía derrotada física y mentalmente, y gestionar eso no era nada fácil.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba viendo una película en el salón.

—¡Hola, mami! —dije mientras iba hacia ella a darle un beso.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el fin de semana?

A ver cómo se lo explicaba, omitiendo las frases «enseñé las tetas a todo el mundo en el cumpleaños», «me pillé un pedo de cojones», «me enrollé con un tío que apenas conocía y dormí con él las dos noches». Difícil, ¿eh?

—Bien.

Hale, suficiente.

—¿Y papá?

—Ha bajado a por unas cosas a la tienda de la esquina. Bueno, siéntate y cuéntame —dijo, palmeando el sillón a su lado.

—Espera, voy a darme una ducha, que la necesito como el comer. Me pongo cómoda y te cuento, ¿vale?

—Vale.

Y le di un abrazo que me recompuso todas las partes emocionales que tenía atrofiadas del fin de semana. El abrazo de una madre es el abrazo de una madre, y eso jamás cambiará, por mucho tiempo que pase.

La ducha fue rápida, pero lo suficientemente agradable como para salir de allí, además de limpia, desentumecida. Un pijama camisero y a disfrutar de lo que quedaba de tarde con mis padres.

Cuando salí, mi padre acababa de entrar. Le oí trastear en la cocina.

—¡Hola, papi! —dije abrazándole por detrás.

—¡Hola, fiestera! —Se revolvió para darme un beso en la sien.

¿Fiestera? Si tú supieras que tienes una hija a la que se le ha ido totalmente la pinza este fin de semana, me definirías como algo más que fiestera.

—¿Y este despliegue? —dije al ver que sobre la encimera había pizzas, *snacks*, bebidas (sin alcohol, menos mal) y un montón de cositas para picar.

—Mamá y yo hemos pensado que te apetecería una cena así, informal y en familia.

—Pues habéis pensado bien, ¡gracias! —Y le abracé con fuerza.

Mientras cenábamos, les conté las cosas que podía contar y suavicé otras, como que me bañé en el lago (omitiendo mi semidesnudo); en fin, todos alguna vez hemos tenido que *maquillar* alguna historia ante nuestros padres para que siguieran pensando que tenían una hija medio normal.

Me propusieron ver una peli, pero estaba agotada, así que me fui prontito a la habitación a tumbarme en mi cama, que la había echado mucho de menos después de dormir dos días prácticamente en el suelo. Nada más tirarme encima suspiré y todo. Abrí los brazos para abarcarla entera y sentir que era mía. Solo mía.

Me quedé mirando al techo un rato, pensando, hasta que de repente se me vino a la cabeza el sobre de Gael que me dio Hugo. El corazón volvió a latirme a mil por hora. Me incorporé y miré hacia el cajón donde lo dejé la última vez. Cogí aire y me levanté a por él. Ahí estaba, en el mismo sitio donde lo escondí por miedo.

Me volví a la cama y, con él entre las manos, lo observé en silencio mientras lo acariciaba sin darme cuenta. En la parte delantera solo ponía «Naira», y era evidente que la letra era de Gael. La conocía a la perfección. ¿Qué estaría pensando mientras plasmaba mi nombre en ese sobre? ¿En qué momento lo hizo?

Cerré los ojos e intenté quitarle importancia a la situación. Al fin y al cabo, era un papel; no creía que me pudiera hacer más daño del que ya me había hecho Gael con sus palabras. Así que lo empecé a abrir despacio. El pulso me temblaba. Estaba siendo muy difícil desconectar el corazón de la cabeza. Por mucho que lo intentara, era muy complicado mantenerse fría en ese momento.

Lo primero que vi fueron papeles perfectamente doblados. Cogí uno de ellos y, al desplegarlo, vi que era una nómina. Después otro, el finiquito. Me fui relajando al ver que eran papeles solo relacionados con el trabajo. Hugo tenía razón: Gael le había dicho que ahí iba todo lo referente al fin de mi etapa laboral con él.

Pero cuando pensaba que había sacado todo del sobre, apareció un papel más pequeño que estaba medio escondido. Lo cogí más nerviosa aún, si cabe. No hizo falta desdoblarlo para ver lo que ponía.

Te quiero, Naira, más que a mi vida. Y eso no lo dudes nunca, por favor. Lo que he sentido es real. Déjame que hablemos, por favor. Te necesito. Lo siento muchísimo. Te amo.

Empecé a llorar como una tonta mientras, de la rabia, arrugaba el papel y lo tiraba con todas mis fuerzas hacia la pared. ¡Pero qué se pensaba! ¿Que para mí era fácil todo eso? ¿Que con un lo siento se iba a arreglar? ¡Yo también le quería! ¡Demasiado! ¡Tanto que escocía! ¡Pero no todo se solucionaba así!

Estaba tan enfadada en ese momento que me alegré de haber leído después el papel y haberme ido a la fiesta de cumpleaños de Raúl sin arrastrar conmigo esas palabras.



El lunes habíamos quedado en casa de Noe, mientras su madre trabajaba, para cotillear sobre el fin de semana, ya sin resaca y sin ganas de vomitar. Después, a lo mejor bajábamos un rato a la piscina. Comeríamos las tres juntas allí y pasaríamos un rato divertido.

Nos quedaba relativamente poco para empezar la universidad, así que teníamos que aprovechar esos ratitos que luego echaríamos de menos.

Me puse unos *shorts* negros elásticos y una camiseta de tirantes verde pastel. Me dejé el pelo suelto y me puse un poco de máscara de pestañas *waterproof*.

Habíamos decidido pedir comida china y así evitarnos cocinar (a ninguna de las tres nos atraía mucho el mundo culinario). Cloe no tardó en llegar; venía de los nervios porque su hermano se la había montado antes de venir. Lo había dejado en casa de la vecina, que tenía un hijo de la misma edad que él y, además de que iban juntos a clase, muchas veces quedaban en sus casas para jugar.

La comida fue muy divertida al recordar las anécdotas del fin de semana. También le vacilamos a Noe, porque el sábado sería su cumpleaños y le dijimos que no íbamos a montarle ninguna fiesta, que estábamos muy cansadas de tanta celebración ese verano.

Ella nos respondió tirándonos los cojines del sillón y llamándonos zorras, entre otras lindezas.

—¿Y crees que Marco te escribirá? —pregunté.

—No lo sé. No he vuelto a saber nada de él. O está cumpliendo su promesa o es que ya se ha olvidado de mí —respondió, exhalando el humo del cigarro—. ¿Qué pensáis?

—Yo creo que te va a llamar —dijo Cloe.

—Y yo —me apunté—. Tú quieres que te llame. Se te nota a la legua.

—Bueno, no me importaría —dijo con un hilo de timidez que jamás había visto en ella.

Brindamos con nuestros refrescos por Marco y Noe, por que él no se hubiera olvidado, que estábamos seguras de que no, ya que mi amiga, no era por nada, pero dejaba bastante huella.

De postre comimos helado, menos Cloe, que dijo que no le apetecía. Aunque, después de lo que estaba viendo últimamente en ella, dudaba de si era por falta de ganas o debido a su propia prohibición ante cualquier cosa que engordara.

—Bueno, ¿nos ponemos el bikini para irnos a la piscina? —propuso Noe.

—¡Vale! —dije.

—Mira, nena, ve a mi cuarto a cambiarte si quieres —dijo mientras miraba algo en el móvil.

Me dirigí a su habitación con mi mochila y me empecé a cambiar allí. Me había llevado un bikini azul oscuro, entrelazado a la altura del pecho y con escote palabra de honor.

Me entretuve mirando un corcho que tenía colgado de la pared y en el que había un montón de fotos de las tres juntas. Qué recuerdos. Ojalá no perdimos nunca esa conexión tan fuerte que nos une.

Cogí una de las fotos, en la que estábamos las tres antes de entrar al pasaje del terror en el parque de atracciones. Recuerdo que salimos cagadas de miedo. Yo me coloqué la primera, muy valiente, y acabé la última, gritando como una loca. No hemos vuelto a entrar.

Salí de la habitación sonriendo, con la foto en la mano para enseñársela.

—¡Chicas, mirad! ¿Os acordáis cuando fuimos a...?

El tiempo se paró. La sonrisa se me congeló. La foto se cayó de mis manos. Gael estaba allí, delante de mí. Creo que dejé de respirar. Me miraba, tenía mal aspecto. Mis amigas estaban tras él con cara de circunstancias, me imaginaba que expectantes ante mi posible reacción. Nadie decía nada. El silencio era sepulcral.

Joder, cómo le había echado de menos. Sin dejar de mirarle fijamente, intentando mantenerme fuerte todo lo que podía, una lágrima me resbaló por la mejilla sin hacer ruido. Gael fue a dar un paso y yo alcé la mano para que se quedara donde estaba.

—¿Qué está haciendo aquí? —gruñí, mirando a mis amigas—. ¡No quiero verle! Esto es una puta encerrona, chicas.

Hablaba como si Gael no estuviera delante. No podía dirigirme a él; era demasiado duro tenerle ante mí y no tirarme a sus brazos. No sabía si ir a abrazarle o a pegarle. En ese momento, todo era muy confuso.

—Nena —se acercó Noe con precaución—, cuando este finde hemos hablado del tema, las tres pensamos que sería buena idea que hablarais para que te quitaras una culpa que no tienes.

—Naira, yo... —empezó a decir Gael.

—¡Cállate! —le inquirí con odio.

—Nena, lo necesitas —musitó Noe mirándome fijamente a los ojos.

La miré mientras trataba de que parte de su fuerza se me contagiara. Y también para ganar tiempo y que mi cuerpo, al menos, dejara de temblar.

Noe se dio la vuelta y se acercó a por su mochila. Cloe repitió la misma operación. Yo miraba incrédula sus movimientos.

—¿No os iréis?

Cloe se me acercó al oído y me susurró:

—Cariño, dile todo lo que tienes dentro; lo necesitas. Déjale claro lo que sientes. Hazlo solo y únicamente por ti. —Y me besó en la sien.

Noe se acercó también y me dio un abrazo.

—Nena, lo hacemos por ti. Llámanos para lo que haga falta. Estamos en la piscina de aquí al lado.

Cuando se marcharon cerré los ojos y, negando con la cabeza, empecé a llorar. Joder, qué duro estaba siendo todo esto. No quería abrirlos y verle delante de mí. Había imaginado muchas veces cómo sería volver a encontrarnos, pero parecía que nunca ocurriría o que, al menos, pasaría más tiempo.

Quizá si lo hubiera planeado no me hubiera presentado. En el fondo, debía agradecer a mis amigas el gesto. Pero eso no quería decir que tuviera las fuerzas suficientes para verle, y mucho menos para escuchar lo que me tenía que decir.

Cuando abrí los ojos seguía en el mismo lugar, con el gesto compungido y jugueteando nervioso con las manos. Creo que pasamos más de diez minutos así, sin movernos, sin hablar, y con mis lágrimas como único elemento en movimiento.

—Naira —musitó.

Cogí aire y algo de fuerza para poder dirigirle mis primeras palabras.

—Te doy diez minutos y te vas. Aprovéchalos.

Fría, contundente y... muerta de miedo.

Y así es como comenzaron los diez minutos más largos de mi vida. Ante el chico que más había querido en mi corta existencia. Contenía las ganas de tantas cosas, que tenía hasta miedo de terminar desfallecida por tanta tensión.

Me acerqué a la ventana y, mientras contemplaba el cielo con los ojos empañados, empezó a hablar.

FIN

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBÉ



María Beatobé nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor, las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Derramé mis lágrimas

Por amor V

María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Beatobe, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Alberto Zornetta / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17147-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

